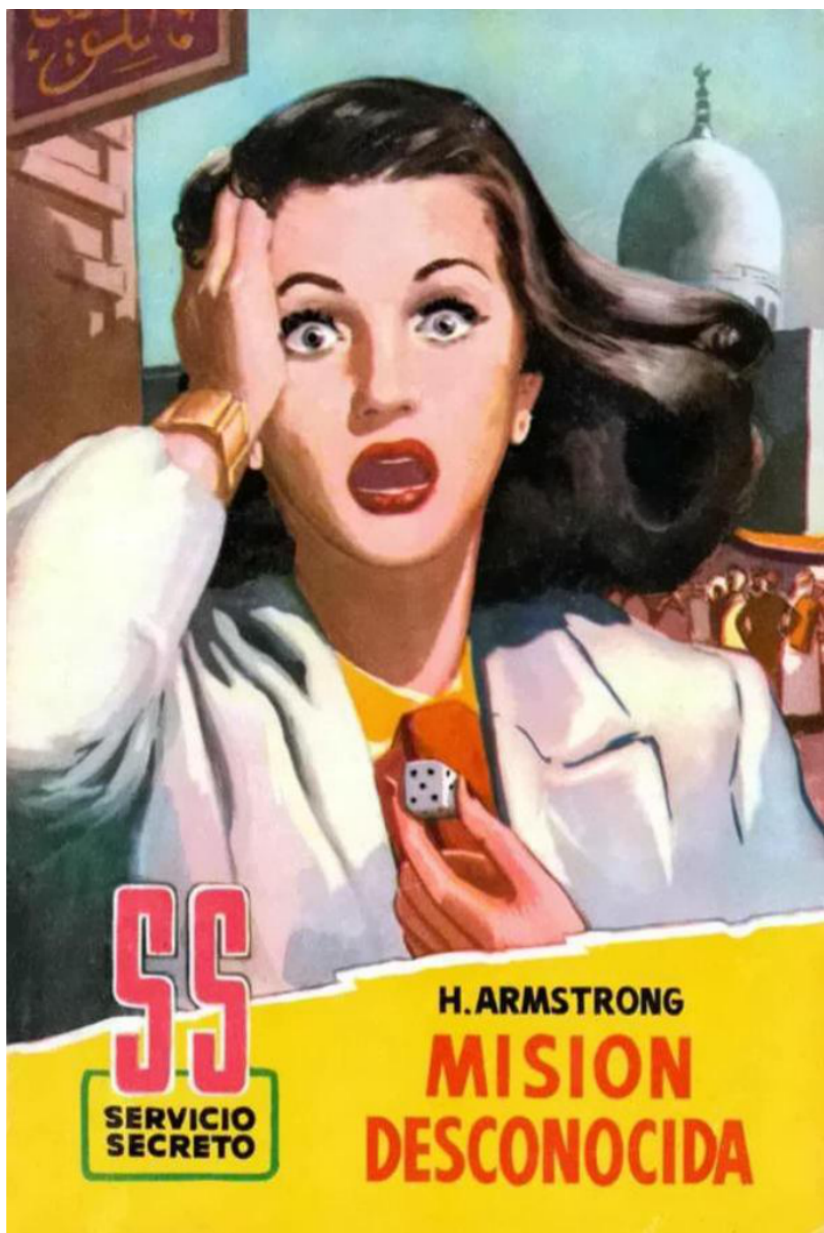




SS

**SERVICIO
SECRETO**

H. ARMSTRONG
MISION
DESCONOCIDA

HENRY ARMSTRONG

Misión desconocida

1.ª EDICIÓN
JUNIO 1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Misión DESCONOCIDA

por **HENRY ARMSTRONG**



CAPÍTULO PRIMERO

EL AGENTE

X-27

A través de la ventanilla del tren, Ronald contempló, con mirada distraída, el espectáculo de la ciudad que, ya cercana se ofrecía ante sus ojos. Las cúpulas de las mezquitas, las torres de los edificios oficiales, las casas del barrio señorial... No era la primera vez que llegaba a El Cairo y el espectáculo, hasta cierto punto, la resultaba familiar.

El día empezaba a declinar y la ciudad se erguía bajo el cielo puro, de un azul nítido, de la tarde de octubre. El tren corría paralelo al canal de Ismailiyéh y, a lo lejos, se distinguía la silueta roja y desnuda del monte Mokattán.

La atención de Ronald, sin embargo, se hallaba lejos. Viajero impenitente, conocedor de los más extraños países, no era la curiosidad de ver nuevos paisajes ni el deseo de descubrir nuevos horizontes lo que guiaba sus pasos. Todo esto, ahora, quedaba supeditado, en su propósito, al final de la contienda, para cuando viajar volviese a ser un placer y un lujo. Cuando acabase la tormenta, su alma viajera reclamaría de nuevo sus derechos, pero ahora... Ahora tronaba el cañón y todo tenía que ser supeditado a los intereses de la Patria.

Así lo había aprendido de labios de su padre, que dedicó su vida entera al servicio de Inglaterra, y que murió por ella en la guerra del 1914. Así se lo enseñaba, en muda lección, el recuerdo patético de su hermano mayor, muerto en las playas de Dunkerque cuando protegía, con su batallón, el embarco de los restos del Ejército Expedicionario. Así se lo decía el ejemplo de su segundo hermano, que arrostró la ira y el desprecio de los que le creían un cobarde

emboscado, cuando era, en realidad, uno de los agentes más activos y eficaces del Servicio Secreto y que murió, acosado como una fiera, en las calles de París, después de haber volado con la ayuda de un pequeño número de suicidas, el Cuartel General enemigo...

Él hubiera preferido encontrarse en primera línea, al frente de su compañía, como en los primeros tiempos de la guerra; pero había sido seleccionado para otra clase de trabajos y un verdadero soldado no rehúye jamás las misiones que se le encomiendan. Por otra parte, era él mismo quien solicitó entrar en el Servicio Secreto. Lo consideró un deber para con su hermano, fue como un acto de reparación rendido a su memoria, pues también él había llegado a creer, como los demás, que su hermano Bob era un cobarde.

Perteneciente a una ilustre familia de Cornualles, desde que salió de Oxford no hizo otra cosa que viajar por todo el mundo y publicar dos libros que llamaron la atención por el vigor con que eran descritos ambientes exóticos y países extraños y por el conocimiento que revelaba de los mismos. A los veintisiete años había dado tres veces la vuelta al mundo y conocía el Oriente Medio —esa región de tan alto interés para su patria, en la que se mezclan, de un modo abigarrado y confuso, tres continentes—, con el conocimiento que sólo puede adquirir el que se entrega a la tierra, cuyo secreto pretende poseer, como un verdadero amante.

Seguramente todo esto debió influir en la decisión de sus superiores, cuando aceptaron su solicitud. Se le consideraba un experto en cuestiones del Oriente Medio y fue apartado del ejército de primera línea para encargarle misiones más delicadas y difíciles. El éxito le sonrió, y lo que empezó sencillamente, como un deber, acabó por convertirse, para él, en una tarea apasionante, en la que podía dar la medida exacta de su temple y de su inteligencia.

Alto, fuerte, flexible, su robusta complexión quedaba como disimulada detrás de unas maneras suaves y de su natural distinción, y su rostro atezado, de rasgos enérgicos, estaba suavizado por unos ojos azules e inquietos que sabían captar los más leves detalles.

Desde la ventanilla miraba la ciudad, a la que el tren se iba acercando rápidamente, con la expresión de quien reconoce a un viejo amigo, y mentalmente iba dando nombre al cada uno de los edificios que apercibía a lo lejos. El Cairo es la ciudad de las

mezquitas, y a medida que el tren procedente de Alejandría, después de atravesar el delta, se aproxima a la capital, los altos alminares y las cúpulas esbeltas surgen ante los ojos del viajero como invocaciones de piedra dirigidas rectamente al cielo.

Pero Ronald estaba distraído. Sus ojos miraban los edificios lejanos, pero su pensamiento se hallaba en otro sitio. Se veía de nuevo en el despacho de su jefe, en Londres, ante el rostro sereno y lleno de arrugas del coronel Campbell, que tan bondadoso se mostraba siempre con él, y los ojos penetrantes de su jefe inmediato, el mayor Hocking.

—Fui amigo de tu padre, muchacho, muy amigo —decía el coronel—, y puedo asegurarte que se hubiera mostrado orgulloso de ti. Tus servicios han sido, hasta ahora, excelentes. Has demostrado reunir todas las condiciones que se requieren para un trabajo como el nuestro... Pero la misión que vas a emprender ahora es muy diferente de las que has realizado. Es difícil, muy difícil, tanto más cuanto que son muy pocos los datos que se te podrán dar como orientación y ninguna la ayuda que se te va a poder prestar. En tus manos se hallará toda la iniciativa y tu suerte personal dependerá exclusivamente de ti. Nadie te ayudará. Y en ningún caso deberás solicitar protección Sólo podrás hacerlo cuando tu misión haya sido realizada. ¿Está entendido?

—Sí, mi coronel.

—Lo más singular es que no podemos decirte en qué va a consistir tu misión. Habrás de averiguarlo tú mismo... No quiero ocultarte que me desagrada encargarte este trabajo, pero... En fin, creo que reúnes condiciones para él. El mayor Hocking tiene confianza en ti y yo también. Partirás inmediatamente.

El coronel sé puso en pie.

—El mayor te dará sus instrucciones —dijo, y añadió, con acento impersonal—: Agente X-27, confiamos en usted.

—Sí, mi coronel.

El coronel Campbell se dirigió a la puerta, pero cuando ya tenía la mano en el pomo de la misma, pareció vacilar, y de pronto, volviendo sobre sus pasos, se acercó a Ronald y le abrazó efusivamente.

—Ronald, hijo mío —dijo conteniendo su emoción—, mucha suerte.

Y como si se avergonzara de la debilidad que había tenido, volvió la espalda bruscamente y con paso rígido se encaminó a la puerta, por la que desapareció sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO II

INSTRUCCIONES INCOMPLETAS

Y Ronald recibió las instrucciones... ¡Valientes instrucciones! Tenía que llegar a El Cairo, procedente de Alejandría, antes de tres días, hospedarse en el «Hotel Mogador» y esperar. Allí recibiría nuevas instrucciones. Alguien, hombre o mujer, recabaría sus servicios y le indicaría su misión. Ésta era difícil y peligrosa; era cuanto podían decirle. Llevaría documentación a nombre de Philip Manders, periodista americano. Aquella misma noche un avión militar le llevaría a Famagusta, desde donde tendría que dirigirse a Alejandría por sus propios medios.

Ronald estaba ya acostumbrado a las instrucciones incompletas, a las órdenes esquemáticas; pero esta vez se sobrepasaba la medida. Sabía que la reserva, a fin de cuentas, representaba una garantía para los mismos que tenían que arriesgarse en esta clase de actividades. Pero en esta ocasión las precauciones eran extremadas. Era tanto como trabajar a ciegas. No pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¡Pero, mi comandante!

—Lo siento, Miller. No puedo ser más extenso. Y ello, por la sencilla razón de que yo mismo lo ignoro todo. Son cosas de la Jefatura del Ejército del Nilo. Aquí no sabemos más...

Ronald se resignó.

—Bien —dijo—. ¿Y cómo reconoceré a la persona?

—Por medio de dos frases convenidas. La persona pronunciará las siguientes palabras: «Las aguas del Nilo bajan turbias». Y usted deberá responder: «Mejor para la agricultura. Egipto es un don del Nilo».

—No está mal —bromeó Ronald—. El autor de la contraseña

conoce a los clásicos.

El mayor Hocking le miró pensativo y, después de una breve pausa, añadió:

—Después, usted encontrará la manera de pronunciar la palabra: «Abukir» y él contestará: «31 de agosto de 1798».

—Es la fecha de la famosa batalla naval.

—No deberá darse a conocer, en ningún caso, hasta haber comprobado la doble contraseña.

—¿Y si...?

—Lo lamento, Miller; mis instrucciones terminan aquí. Ante cualquier eventualidad, deberá proceder por propia iniciativa. Sólo estoy autorizado para recomendarle mucha prudencia y para advertirle que se trata de una misión peligrosísima.

Ronald se puso en pie.

—Está bien, mi comandante —dijo, renunciando a hacer más preguntas.

Su jefe le alargó la mano.

—Pase usted por caja y recibirá un sobre con dinero y la documentación. Después váyase al hotel y no se mueva; un coche pasará a recogerle. Buena suerte.

—Gracias, mi comandante —dijo Ronald sencillamente.

Se dirigió a la puerta y ya iba a abrirla para salir, cuando la voz del comandante Hocking se dejó oír de nuevo.

—Dígame, Miller... ¿Por qué ha dicho usted que el autor de la contraseña conocía a los clásicos?

—«Egipto es un don del Nilo», es una cita de Heródoto —dijo el joven un poco sorprendido.

—¡Ah...!

El comandante parecía intranquilo, pero disimuló su inquietud con una leve sonrisa.

—Repito que le deseo buena suerte —dijo.

Y le dejó salir sin más palabras.

El viaje desde Alejandría se había efectuado sin tropiezo alguno. Sus compañeros de compartimiento resultaron agradables y él supo ganarse su simpatía al instante. Se trataba de un funcionario británico de administración, que viajaba acompañado por su sobrina, y de un comerciante de Damasco.

El funcionario era un hombre seco y anguloso, grave y

reservado, que rozaba la cincuentena. Aquejado de una grave enfermedad, era baja temporal en la administración y se dirigía a su casa, en la India, para descansar.

La sobrina, una preciosa muchacha de veinticinco años, que había venido a buscar a su tío desde Benarés, tenía unos ojos maravillosos, llenos de curiosidad, y no se cansaba de hacer preguntas sobre Egipto, su historia y sus monumentos.

El comerciante, vestido a la europea, aunque tocado orgullosamente con el *fez*, como signo distintivo de su raza, era un hombre de gran prestancia y de ademanes amplios y majestuosos. Había dejado atrás los cuarenta años y era ceremonioso y cortés como todos los árabes.

Desde que el tren se puso en marcha, Ronald empezó a representar su papel de periodista americano, cordial, parlanchín y preguntón, y supo hacerlo con tanta desenvoltura y gracejo que consiguió vencer la natural reserva del funcionario inglés y captarse la simpatía de la muchacha y del comerciante árabe.

El comerciante se deshizo en elogios de los Estados Unidos, la supuesta patria de Ronald.

—Ahora que han entrado ustedes en la guerra, ésta acabará pronto —dijo afablemente—. Sin el concurso de ustedes, nos hubiera sido difícil acabar con los nazis. Y no le extrañe que le hable así, pues aunque árabe, me siento beligerante.

El funcionario inglés, más circunspecto, se mostró interesado por la preparación militar de la juventud americana. Y en cuando a su sobrina, estaba entusiasmada al saberse en Egipto y no pensaba más que en poder visitar alguno de sus monumentos antes de partir para la India.

—Mal momento es éste, señorita, para recorrer el país como turista —dijo Ronald, sonriendo—. Sin embargo, tal vez pueda visitar las pirámides, si permaneces en El Cairo algunos días. Las pirámides a la luz de la luna constituyen un espectáculo inolvidable.

—¡Ah! Los americanos son muy románticos —dijo ella riendo.

El tren sólo llevaba dos vagones de pasajeros y Ronald, con la excusa de estirar las piernas, se deslizó a lo largo de los pasillos para observar disimuladamente, a través de los cristales de las puertas de los departamentos, a las personas que viajaban. Casi todos los viajeros eran militares. Sus compañeros de

compartimiento y él mismo, amén de dos egipcios, probablemente funcionarios de su Gobierno, y de una dama inglesa enlutada, viuda seguramente de algún militar caído en campaña, constituían el único personal civil que viajaba en el tren.

Cuando la ciudad apareció en la lejanía, se despidió de sus compañeros de viaje y salió al pasillo. Se acodó en una ventanilla, junto a la entrada del vagón, y fue entonces cuando revivió mentalmente la escena en el despacho de su jefe, mientras el tren le aproximaba rápidamente a su destino.

CAPÍTULO III

RECIBIMIENTO CALUROSO

Tan pronto como el tren entró en la estación, Ronald saltó al andén y se dirigió a la puerta de salida con su maletín de viaje en la mano. Hubo de abrirse paso entre la inevitable muchedumbre de pedigüños, mendigos y vendedores que espera en todas las estaciones orientales la llegada de los viajeros, y se encontró en la plaza de Bab el Hadid. Disponíase a atravesar la plaza, en dirección al puente, en busca de un taxi, cuando ante él inclinóse un hombre llevando la mano al *fez*.

—¿Coche, *efendi*? —preguntó cortésmente, señalando un automóvil aparcado a pocos pasos.

Ronald aceptó.

—«Hotel Mogador» —ordenó.

—Sí, *efendi*.

El coche se puso en marcha bruscamente y atravesó la plaza a toda velocidad pero no fue hasta después de haber encendido un cigarrillo que Ronald se dio cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo. Conocía lo suficiente la ciudad para reparar en que el conductor, en vez de dirigirse a las calles amplias y bien pavimentadas de la ciudad moderna, después de torcer por una travesía de la Charla Clot Bey, se estaba adentrando velozmente por el barrio de Roseta, en dirección al laberinto del barrio árabe.

—¿A dónde va? —gritó.

Pero no obtuvo respuesta. Por la mirilla del asiento trasero comprobó que dos coches le seguían y comprendió, al instante, la maniobra. Se trataba de llevar el coche a una de las callejas sin salida que tanto abundan en el barrio árabe, y dejarle a merced de

sus perseguidores.

No vaciló ni un momento y amartillando la pistola que sacó del bolsillo, apretó el cañón de la misma contra la nuca del conductor.

—¡Pare! —ordenó.

Y al observar que el chofer, en vez de obedecer, empujaba a fondo el acelerador, descargó un tremendo culatazo sobre su cabeza. El cuerpo del hombre se encogió, como un muñeco al que se le ha estropeado el resorte, y se ladeó sobre el asiento, al tiempo que el coche empezaba a disminuir de velocidad al desaparecer la presión que el pie del conductor ejercía sobre el acelerador. Ronald, aguantándose de pie con dificultad, se apoderó del volante con una mano, mientras con la otra, después de empujar a un lado el cuerpo inanimado del conductor, intentaba afanosamente apoderarse de la palanca de los frenos.

El coche fue disminuyendo su marcha y el joven consiguió hacerle cambiar de dirección. Torció bruscamente hacia la derecha y al encontrarse en una calle larga y recta mantuvo la misma dirección. Ronald no lo pensó dos veces. Sabía que los dos coches perseguidores se acercaban y que se hallaba en grave peligro. Abrió de un empujón la portezuela del vehículo y se lanzó al exterior de un salto. Rodó por el suelo y fue a parar junto al umbral de una puerta. Allí permaneció agazapado.

La tarde había declinado por completo y el crepúsculo llenaba de sombras la calle. Los dos coches pasaron velozmente en persecución del que había abandonado, y algo más allá, en el extremo de la calle, se oyó un gran estrépito, producido seguramente por el automóvil sin conductor que debió topar contra algo, seguido de unos disparos. Desde su rincón, Ronald vio los fogonazos en la oscuridad, y observó que los dos coches desaparecían aceleradamente.

Respiró tranquilo. Se sentía magullado, pero no le aquejaba ningún daño específico que pudiera inspirarle inquietud. Se puso en pie sin esfuerzo y comprobó que tampoco su ropa había sufrido desperfectos de importancia; una de las mangas de su americana se había roto a la altura del codo y una de las perneras de su pantalón estaba deshilachada. Eso era todo.

Vio que la calle, en el extremo en el que había ocurrido la colisión, empezaba a animarse y echó a andar rápidamente en

sentido contrario.

Le costó orientarse. El barrio árabe es un dédalo de callejuelas que se entrecruzan o se cortan bruscamente, convirtiéndose en callejones sin salida. Anduvo más de media hora completamente perdido, pero al fin consiguió salir de aquel laberinto y llegar a la ciudad nueva. Reconoció la diaria Camel y entró en un bar, a estilo europeo, para descansar un rato. Bebió una, copa y fumó un cigarrillo. Habían intentado matarle, pero le resultaba imposible sacar ninguna consecuencia de esos hecho, pues estaba trabajando en la más completa oscuridad. Ignoraba cuál era su misión y desconocía, por lo tanto, a quién estorbaba su presencia en El Cairo. Sin embargo, lo ocurrido era un aviso, un serio aviso, y debía extremar las precauciones.

Cuando acabó de fumar salió a la calle y se hizo conducir por un taxi al «Mogador». Llevaba ya cerca de dos horas en la ciudad cuando entró en el hotel.

—¡Caramba! —dijo una voz conocida, cuando penetro en el vestíbulo—. ¿Es que le han apaleado a usted?

Y Ronald se encontró frente al rostro sonriente y obsequioso del comerciante de Damasco que había viajado en su mismo departamento desde Alejandría.

—He tenido un accidente —dijo Ronald con acento seco, y se dirigió al mostrador de madera detrás del cual un empleado se inclinó complaciente.

—Necesito una habitación con baño.

—Sí, señor. Disponemos de una en el tercer piso.

—Está bien. He tenido un accidente —explicó por segunda vez, señalando su ropa—. El coche que me traía ha volcado...

—¡Cuánto lo siento!... Espero que el señor no haya resultado herido.

—No, he escapado sin un rasguño, pero necesito ropa... Mi equipaje tardará unas horas en llegar.

—Arreglaremos eso inmediatamente. Antes de una hora tendrá usted un traje en su habitación —dijo el hombre, mientras la alargaba el registro de los viajeros.

Antes de escribir su nombre miró las últimas líneas que aparecían escritas. Allí estaban, con tinta fresca todavía, los nombres de sus compañeros de viaje: Peter Flint, Lucy Turner y Alí

Ben Achurián. Pero lo que paralizó su mano fue el nombre que con rasgos firmes y acusados, aparecía inscrito inmediatamente antes que el del funcionario británico: «Philip Manders»... Vio que le correspondía la habitación número 268. Vaciló un momento.

—¡Ah!... ¿Está aquí el señor Manders? —preguntó fingiendo una agradable sorpresa—. Lo celebro infinito; podremos trabajar juntos.

—El señor Manders llegó ayer por la tarde en el tren de Alejandría... ¿Es usted periodista también?

—Eso dicen —contestó Ronald alegremente, y sin más vacilación se inscribió con su verdadero nombre: Ronald Miller.

Iba ya a dejar la pluma, cuando una voz femenina que identificó como perteneciente a la muchacha que había viajado con él en el tren, la sobrina del funcionario enfermo, dijo claramente a sus espaldas:

—¡Qué pena! Las aguas del Nilo bajan turbias...

CAPÍTULO IV

PHILIP MANDERS

Ronald no se movió. Simuló estar absorto en la inscripción del registro e iba ya a volverse, fingiendo indiferencia, para pronunciar las palabras de la contraseña, cuando otra voz, esta viril y grave, desconocida para él, se le anticipó:

—Mejor para la agricultura, señora. Egipto es un don del Nilo...

Ronald se inmovilizó al oír estas palabras. Después, al darse cuenta de que las voces se iban alejando, se volvió lentamente procurando que la muchacha no pudiera verle. Tuvo tiempo de contemplar todavía a la pareja, que en aquel momento entraba en el salón del bar. Él era un hombre de unos cuarenta años, de cuerpo atlético y rostro agradable.

Ronald se volvió riendo hacia el empleado y emitiendo un silbido de admiración, como si ponderase la belleza de la muchacha, dijo:

—¡Los hay con suerte! ¿Quiénes son?

—Ella ha llegado hace un par de horas. Viaja con su tío, un funcionario inglés —explicó el empleado, complaciente—. Él es el médico de hotel, el doctor Blight.

El joven cogió la llave que le entregaban y ya se encaminaba hacia el ascensor, cuando el comerciante de Damasco nuevamente se dirigió a él.

—¿Ha oído usted qué conversación tan erudita sostenía nuestra compañera de viaje? —preguntó afablemente.

—Sí que he reparado en ello —contestó Ronald cauteloso.

—Es una muchacha encantadora... ¿Ha oído? Ha dicho que las aguas del Nilo bajaban turbias.

—Y su compañero ha respondido que eso era mejor para la

agricultura.

—Y ha añadido una cita clásica.

—Sí... Egipto es un don del Nilo.

—Los viajes aguzan nuestros recuerdos históricos. ¿No cree usted?

—Ya lo creo —dijo Ronald con aparente desinterés—. Cada vez que vengo a Egipto me asalta el recuerdo de mis libros escolares: los faraones, las pirámides, Bonaparte, Abukir...

—Y las fechas correspondientes, ¿no es verdad? 31 de agosto de 1793, por ejemplo...

Los dos se echaron a reír simultáneamente.

—Es asombroso —dijo Ronald.

El árabe le tendió la mano.

—Y ahora perdóneme —dijo cortésmente, deslizándole en la mano, al estrechársela, un papel doblado—. Por cierto; yo, de usted, no dejaría de visitar a su amigo, el periodista americano. Supongo que tendrá muchas cosas que contarle...

Ronald entró en el ascensor e indicó al ascensorista la habitación que la habían asignado: la 314. El ascensor paró en el tercer piso y Ronald se dirigió rápidamente a su habitación. Encendió las luces, inspeccionó el aposento, se aseguró de que no había nadie en él y leyó el papel que el comerciante le acababa de entregar. «Esta noche a las once. Gharía Omar Ben Ayub (es una travesía de la charla El Chanauaní, cerca de la mezquita del Sultán Kalaún). Rompa el papel».

Ronald quemó el papel con su encendedor, apagó la luz de la habitación y salió, dirigiéndose sin pérdida de tiempo a las escaleras. Bajó al segundo piso y buscó la habitación 268. Se aseguró de que no había nadie en el pasillo, comprobó que llevaba la pistola en el bolsillo de la americana y llamó con los nudillos en la puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz bien timbrada.

—Telegrama —respondió Ronald con acento inexpresivo.

—¡Entre!

Ronald entró rápidamente y se quedó en la puerta, apoyando las espaldas en ella, mientras empuñaba la pistola dentro del bolsillo. Un hombre de unos treinta años, de facciones duras y elevada estatura, se hallaba en el centro de la estancia. Hizo ademán de

aproximarse a Ronald, pero éste le inmovilizó con breves palabras.

—¡Quieto! —ordenó con acento duro—. Un solo movimiento y le dejo frío.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el hombre, inquieto.

Pero Ronald no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Las aguas del Nilo bajan turbias —dijo rápidamente.

El otro se echó a reír.

—¡Ah! ¿Es eso?... Curiosa, manera de presentarse... Mejor para la agricultura. Egipto es un don del Nilo.

—¿Y bien?... No perdamos tiempo.

—Abukir —el hombre sonreía con aire de aburrimiento.

—¿Quién es usted? —preguntó Ronald, mirando a su interlocutor fijamente.

—Creo que falta algo —dijo el otro.

—31 de agosto de 1798 —pronunció Ronald con desgana.

—Ahora, sí... Agente

X-15.

Ronald levantó la cabeza vivamente, pero se contuvo. Había aprendido a disimular sus sorpresas y sabía que esto, junto con la capacidad para decidirse rápidamente, constituía la clave del éxito en esta clase de empresas.

—¿Quién es su jefe? —preguntó.

—El mayor Hocking.

—¿Cuándo salió usted de Londres?

—Hace cinco días.

—¡Levante los brazos! —ordenó al mismo tiempo que se aproximaba al hombre.

—¿A qué viene todo esto? —protestó el supuesto periodista, pero obedeció.

Ronald palpó la ropa de su interlocutor y se apoderó de la pistola que aquél guardaba en el bolsillo trasero de pantalón. Era un arma idéntica a la suya y llevaba adaptado un silenciador. Ronald sacó el cargador y se lo metió en el bolsillo, extrajo la bala de la recámara y tiró la pistola sobre una silla.

—Bien, ya puede bajar los brazos —dijo coja acento cansado—. Déjeme ver su documentación.

—Muchas precauciones son ésas —protestó el hombre, pero le entregó los papeles.

Y Ronald tuvo que hacer nuevamente un esfuerzo para disimular su asombro, porque la documentación del hombre era una réplica exacta de la suya propia.

—Bien —dijo esforzándose por sonreír—. Creo que todo está en orden.

Y devolviéndole los papeles se dejó caer en una silla.

—¿No podríamos tomar una copa? —preguntó.

—Claro que sí.

El hombre atrajo hacia ellos una mesita con ruedas que había en un extremo de la habitación y la colocó entre los dos. Sobre la mesa había dos o tres botellas y algunos vasos.

—*Whisky*, por favor. Cargado.

El hombre sirvió dos buenas porciones de licor en sendos vasos.

—¿Soda?

—Hasta medio vaso.

El supuesto periodista depositó los dos vasos sobre la mesa, pero Ronald, antes de tomar el suyo los cambió.

—Usted primero —dijo tranquilamente.

El agente

X-15

se echó a reír y bebió un sorbo.

—Es usted prudente —dijo en tono festivo.

Ronald bebió de un solo sorbo el contenido de su vaso.

—Bien, Manders —dijo en tono amistoso—. Hay algo en todo esto que no acabo de entender. ¿Ha establecido ya enlace?

El otro sonrió divertido.

—Pues claro. Ahora mismo... Con usted.

—¿Sabe cuál es su misión?

—Estoy esperando que usted me la comunique.

Ronald se puso en pie.

—Esta noche a las doce en punto vendré a visitarle —dijo brevemente.

El agente

X-15

era un hombre de temple y sabía disimular sus sentimientos; pero aun así no pudo evitar que Ronald se diese cuenta de que había sufrido un desengaño. Sin embargo, se repuso inmediatamente.

—Le esperaré —dijo, y añadió, cuando ya Ronald estaba junto a

la puerta—: ¿Y el cargador?

Ronald le miró pensativamente.

—Luego, a las doce —dijo.

Y salió.

CAPÍTULO V

UN JUEGO QUE SE REPITE

Halló su habitación en un estado de indescriptible desorden. Un huracán había pasado por ella. Había sido sometida a un registro completo y no habían tenido tiempo de disimular las cosas. Los cajones de la mesa y del armario estaban abiertos, la cama deshecha, un cuadrito en la pared, ladeado.

Ronald pulsó el timbre y apareció el criado, llevando en uno de sus brazos un traje de blancura inmaculada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ronald.

—Yo no sé nada, *ofendí* —contestó el muchacho, horrorizado al ver aquel desorden—. Se lo diré al encargado.

—No, muchacho. No dirás nada —dijo Ronald, y le alargó un billete—. Dame la ropa y arregla un poco el estropicio.

El criado le alargó la ropa y se deshizo en reverencias y palabras de gratitud, y Ronald, con el traje en el brazo pasó al cuarto de baño.

Media hora más tarde, después de tomar una ducha y de cambiarse de ropa, sin sombra de cansancio y dispuesto a hacer frente a todas las eventualidades, entró con paso firme en el salón bar del hotel, y después de dar una rápida ojeada se dirigió al mostrador y se encaramó a uno de los taburetes americanos. Al lado estaba su compañera de viaje, que continuaba en animado, coloquio con el médico del hotel. La muchacha estaba ligeramente vuelta hacia su compañero y no se dio cuenta de su presencia. Ronald encargó un *whisky* y después de beber un sorbo y de encender un cigarrillo, se dirigió a la joven.

—¡Hola! —dijo con acento alegre—. ¿Es que no quiere

saludarme, *miss* Turner?

La muchacha se volvió sorprendida, pero en cuanto le vio, una amplia sonrisa iluminó su cara.

—¡Ah! Es el periodista romántico —dijo riendo—. Pero ¿en dónde se ha escondido desde su llegada?

—He encontrado a un amigo y he estado charlando con él —explicó Ronald.

—Permítanme —dijo *miss* Turner, y presentó a los dos hombres—. El señor Manders, el doctor Blight.

El médico le miró extrañado.

—¿Manders?... ¿Philip Manders? —murmuró—. Es sorprendente... Yo conozco a otro Philip Manders, periodista también.

Ronald se echó a reír.

—Sí, naturalmente; está en el hotel —dijo, y aclaró a continuación—: Manders y yo somos viejos amigos y como trabajamos para el mismo periódico y nuestras misiones son siempre similares, usamos indistintamente el mismo nombre. Mi verdadero nombre es Miller, Ronald Miller.

—Encantado, señor Miller —dijo el médico con naturalidad—. Curiosa costumbre, por cierto... ¿No se han encontrado en líos a causa de ella?

—¡Bah!... Nada importante.

—¿Y el mismo periódico les ha enviado a los dos a Egipto?

—En realidad, nuestros respectivos campos de acción son diferentes. Él ha de encargarse de las cosas de la guerra y yo he de preocuparme del estado del país.

La locuacidad de Ronald iba en aumento, y después de beber otro sorbo añadió, como sin dar importancia a sus palabras:

—He venido a comprobar si es cierto que las aguas del Nilo bajan turbias.

El efecto que estas palabras produjeron en sus acompañantes fue muy diferente. En los ojos de la muchacha se leyó el asombro, mientras que un relámpago de inquietud asomó a la mirada del médico. Éste se puso en pie inmediatamente.

—Tendrán que perdonarme —dijo.

—Un momento, doctor —dijo Ronald—. ¿Conoce usted esta receta?

Escribió en un papel: «Esta noche a las doce. Habitación 208». Entregó el papel al médico que lo leyó y dijo después, pensativamente:

—No, no la conozco; pero la estudiaré con interés.

Y haciendo una ligera inclinación con la cabeza, se alejó.

—¿Qué decía la receta? —preguntó la muchacha.

—Decía: «Váyase. Es usted demasiado feo para hacer compañía a una chica tan bonita».

Ella rió inquieta.

—Oiga, señor Miller. ¿Se llama usted así, por lo menos?

—No; para usted me llamo Ronald, a secas. Las chicas guapas me llaman Ronald.

—¿Qué otros privilegios tienen las chicas guapas?

—Según.

—¿Es uno de esos privilegios, quizá, un paseo por las pirámides a la luz de la luna?

—Eso depende. Aunque le aseguro que un paseo por las calles de esta ciudad, a las once de la noche, resulta también muy interesante.

—¿Y qué hay que hacer para conseguirlo?

—Descifrar un pequeño enigma. En realidad, se trata de un juego del que me consta que usted conoce una parte, por lo menos. Si sabe también la segunda parte, el paseo está asegurado. Verá usted; cuando después de hacer la chica la primera pregunta se le ha contestado con una cita de Heródoto, se añade: «Abukir».

—¡Ah, sí!... En efecto, conozco el juego. La chica dice entonces: 31 de agosto de 1798... Es un juego muy divertido, ¿no cree?

—La verdad, no mucho —contestó—... Sobre todo si en el plazo de una hora uno se ha visto obligado a hacerlo por tres veces y ha oído que otras dos personas estaban también jugando a él.

La muchacha palideció.

—¿Tres veces? —dijo con voz temblorosa.

—Hay algo desconcertante en todo esto —continuó Ronald—. Algo que resulta difícil de comprender... ¿Dónde está su tío?

—En su habitación; no se encuentra muy bien.

—Vamos allá.

Subieron juntos hasta el segundo piso y se pararon ante la habitación 219. La joven llamó con los nudillos, pero no obtuvo

respuesta. Llamó dos veces más con el mismo resultado, y entonces miró a Ronald con ojos alarmados. Éste la apartó suavemente y puso la mano sobre el pomo de la puerta. Ésta se abrió sin dificultad, pero Ronald, después de echar un rápido vistazo a la habitación volvió a cerrarla.

—¿Cuál es, la habitación de usted? —preguntó en voz baja.

—La 225 —contestó la joven temblando.

—Espéreme en ella.

—Pero...

—¿Lleva su tío algo de importancia?

—Dos cubitos de marfil para jugar a los dados, en una bolsita de seda.

—Bien. Vaya a su habitación.

Esperó a que la muchacha desapareciese en una habitación, unas puertas más allá, para sacar su pañuelo, limpiar el pomo de la puerta y entrar después en el aposento.

CAPÍTULO VI

LOS DADOS DE MARFIL

Las luces estaban encendidas y el cuerpo de Peter Flint se hallaba tendido, boca abajo, al pie de la cama. Sin necesidad de acercarse comprendió que estaba muerto. En la habitación todo se hallaba revuelto: muebles, ropas... Dio una vuelta por el aposento, entró en el cuarto de baño, miró debajo de la cama, abrió el armario, volvió a la sala y se inclinó, por fin, sobre el cadáver. Peter Flint había sido asesinado de una puñalada en la espalda, y el cuchillo estaba todavía clavado en el cuerpo.

Con infinitas precauciones, siempre con el pañuelo en las manos, procedió a un registro cuidadoso del cadáver, aunque comprendió que el resultado sería negativo, pues era evidente que ya había sido registrado. Cerillas, un paquete de cigarrillos, unas llaves, una pluma estilográfica, fue todo lo que encontró.

Vaciló. Su cerebro trabajaba vertiginosamente. «El mejor escondrijo es el que menos lo parece», pensó... Se irguió y dio una ojeada por la habitación. Buscaba con los ojos algo que estuviera ordenado en medio del general desorden; algo, en suma, que se hubiera escapado a la inspección del asesino. Vio las zapatillas que asomaban al pie de la cama. No, no estaba allí lo que buscaba. Iba ya a darse por vencido, cuando lo descubrió.

A dos pasos del cadáver, sobre una mesita, en el cenicero, entre las colillas y la ceniza... «Hombre ducho, este Peter Flint», pensó. Era una pequeña bolsa de seda con dos cubitos de marfil dentro, dos pequeñísimos dados de medio centímetro cúbico cada uno. Se los puso en el bolsillo y...

Lo presintió, pero no tuvo tiempo de evitarlo. Las luces se apagaron y un cuerpo saltó sobre él. Vaciló, pero consiguió

mantenerse en pie. Incluyó la cabeza a un lado, a tiempo justo de evitar un culatazo, que gracias a su movimiento le fue a caer sobre el hombro. Se sintió inmovilizado. La pistola había caído al suelo al fallar el golpe su agresor, pero éste, con una mano le sujetaba los brazos a la espalda, mientras le rodeaba el cuello, desde atrás, con el otro brazo y apretaba brutalmente amenazando asfixiarle.

Ronald se dejó caer al suelo, pero fue inútil. Su agresor no deshizo el abrazo y él sintió que comenzaban a zumbarle los oídos y que la vista se le nublaba.

«La llave de Fujita, la llave de Fujita...», pensó. En su agonía, se le apareció la cara sonriente de Yoshita, su profesor de *jiu-jitsu*, su rostro oriental, sus ojos oblicuos... «Si alguna vez te ves perdido, muchacho, utiliza la llave de Fujita, pero sólo si te ves perdido, porque es mortal. En mi tierra hay un hombre que en una ocasión se defendió de un orangután con la llave de Fujita y lo mató»... ¡Esos orientales, siempre con sus fantasías...!

Comprendió que iba a desvanecerse. Con un supremo esfuerzo consiguió librar un brazo de la tenaza que le envolvía, y sin fuerzas ya, lo levantó y buscó la oreja de su enemigo. Allí, detrás del lóbulo, estaba el punto sensible. Si fallaba... «Si alguna vez te ves perdido, muchacho»... Apretó, apretó con toda la fuerza que le quedaba, salvajemente. Su enemigo se inmovilizó primero, y después quedó encogido. Emitió un gemido muy hondo y se le dobló la cabeza como si fuera un muñeco de trapo. Por fin cayó de lado y quedó tendido en el suelo.

Ronald, incapaz de moverse, permaneció tumbado largo rato en la misma postura, recuperando fuerzas. Cuando cesó el zumbido en sus oídos y desapareció la nube de sus ojos se puso en pie trabajosamente, respirando con fatiga. Hubo de dejar pasar unos momentos todavía para sentirse recuperado. Entonces se alisó el pelo con la mano, se estiró la ropa, recogió el pañuelo del suelo y se dirigió a la puerta sin encender las luces. No necesitaba ver la cara de su agresor para saber quién era, ni mirarle para saber que estaba muerto. La llave de Fujita era, indudablemente, mortal. Tenía razón su viejo profesor de *jiu-jitsu*; no se trataba de ninguna fantasía oriental.

Se palpó el bolsillo de la americana para comprobar que en él estaba todavía la bolsita con los dados, abrió la puerta y salió al

pasillo. Encendió un cigarrillo, y al aspirar por segunda vez comprobó que se había serenado por completo. Miró el reloj; eran las nueve y cinco minutos. Se dirigió rápidamente a la habitación de *miss* Turner, llamó con los nudillos a la puerta y entró sin esperar respuesta.

La muchacha, se hallaba sentada en una silla junto a la ventana, fumando un cigarrillo, y sus manos temblaban. Cuando le vio, levantó hacia él unos ojos terriblemente inquietos. Ronald se acercó a ella, y cogiéndola de un brazo y obligándola suavemente a levantarse de la silla la llevó hacia la puerta.

—Venga —dijo—. Hemos de salir de aquí.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Tiene que ser valiente —dijo Ronald en voz baja—. Su tío... ha muerto.

—¿Asesinado?

Ronald tuvo que sostenerla.

—¡Seréne, por lo que más quiera! Tiene que dominarse. No podemos permanecer aquí ni un minuto más y hemos de hablar largamente.

La muchacha hizo un esfuerzo sobrehumano y logró sobreponerse. Estaba pálida como un muerto, pero se irguió y hasta llegó a sonreír.

—Soy hija de un soldado —dijo con orgullo.

Ronald oprimió su brazo y salió con ella de la habitación.

—Así me gusta —dijo animándola—. Ahora viene lo más difícil, pero tiene usted que hacerlo. Tiene que mostrarse animada, y alegre, como cuando hemos subido.

Bajaron las escaleras y se dirigieron de nuevo al bar del hotel, en donde ocuparon otra vez los taburetes que media hora antes habían abandonado. Ronald hablaba incansablemente y poco a poco consiguió que la muchacha, que al principio contestaba sólo con monosílabos, acabara por hablar también.

—Si pasa en El Cairo unos días, yo mismo me encargaré de organizar la excursión a las pirámides.

—No sé, no depende de mí...

—Egipto era un paraíso antes de la guerra, y para el que sentía curiosidad por la historia, una fuente de inagotables sorpresas. Claro que no conozco la India.

—La India es maravillosa.

—¿Quiere bailar? —preguntó Ronald de pronto.

En la sala de al lado, una orquesta de baile amenizaba la velada. Los dos jóvenes entraron en ella y se enlazaron estrechamente. Ronald juntó su cara a la de ella.

—Hable con naturalidad —dijo suavemente, con los labios pegados a la oreja de la muchacha—. ¿Qué le dijo usted al médico del hotel?

—Nada en absoluto —contestó ella del mismo modo—. Porque... no sé nada. Mi tío me encargó que procurase entablar relación con la persona que contestara de un modo convenido a unas palabras que él me enseñó. Una contraseña... Las mismas palabras que usted pronunció más tarde.

—¿Contestó el médico correctamente?

—¡Oh, sí!... Por completo.

—¿Y, entonces...?

—Entonces, tal como me había dicho mi tío, le indiqué que debía subir a visitarle en su habitación.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Pero ustedes estuvieron mucho rato juntos, antes de que el médico se decidiera a subir a la habitación de su tío.

—Hasta que apareció usted, el doctor Blight no demostró tener mucha prisa en cumplir mi indicación.

—¿Por qué ha consentido en llevarme a la habitación de su tío, si suponía que íbamos a encontrar al médico en ella?

—Porque al contestar usted también con las mismas palabras, me ha parecido que el único modo de aclarar la situación era enfrentarles a los dos delante de mi tío.

—¿Quién era exactamente su tío?

—Agente secreto —contestó ella brevemente.

—¿Al servicio de quién?

La muchacha se estremeció.

—En mi familia no ha habido nunca un traidor. ¿Y usted quién es?

—Agente secreto.

—¿Al servicio de Inglaterra?

—Tampoco en mi familia hubo traidores.

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Y qué remedio le queda? Los dos hemos de confiar uno en otro.

—Quiero vengar a mi tío —dijo ella con acento obstinado.

—No se preocupe por eso ahora. Hemos de pensar en otras cosas.

—¿Quién le asesinó?

—El doctor Blight.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque... Bueno, dejemos eso.

—¿Y los dados?

—Están en mi bolsillo.

La muchacha se estremeció.

—¿Cómo voy a saber que no fue usted quien asesinó a mi tío?

—De momento tendrá que creerme bajo palabra.

La joven separó un instante su cara, para mirarle directamente a los ojos. Ronald sostuvo su mirada y ella pareció serenarse.

—¿Para qué sirven esos dados? —preguntó Ronald.

—No lo sé.

—¿Sabe si tenía que entregarlos a alguien?

—Lo ignoro.

Bailaron en silencio unos momentos, pasados los cuales Ronald dijo:

—Ahora vamos a volver al bar y voy a dejarla sola cinco minutos. Usted estará dispuesta a salir del hotel en cuanto yo regrese.

—¿A dónde va?

—Voy a dar la alarma para que la policía intervenga. Quiero que descubran los cadáveres.

—¿Los cadáveres?...

—Sí; el asesino está muerto también... Su cadáver está junto al de su tío.

—¿Quién lo ha matado?

—Yo.

La muchacha apartó nuevamente su rostro y volvió a mirarle y Ronald leyó en sus ojos más admiración que horror.

—¿Y cómo va a conseguir que intervenga la policía sin comprometerse?

—No se preocupe. Cuando la policía llegue, nosotros ya estaremos lejos del hotel.

Volvieron al bar y Ronald dejó a la joven junto al mostrador. Salió rápidamente del salón y entró en la cabina de uno de los teléfonos interiores del hotel, cerca del comedor.

—Señorita —dijo a la telefonista de la centralita que le contestó —, soy el señor Flint, de la habitación número 219. Tenga la bondad de avisar al señor Manders, de la habitación 268, y decirle que le espero urgentemente en mi habitación. Subo ahora mismo para esperarle en ella. Tenga la bondad también de encargarse que me suban enseguida una botella de *whisky*.

—Muy bien, señor.

Ronald dejó la cabina y entró de nuevo en el bar. Lucy Turner le salió al encuentro y se cogió a su brazo.

—Le aseguro que El Cairo es una ciudad encantadora y en esta época del año, sus noches son incomparables —dijo Ronald en voz alta, mientras atravesaban el vestíbulo, y disimulando una mirada de inspección a su alrededor añadió, mientras trasponían el umbral —: Quiero que guarde usted un buen recuerdo de su estancia en esta ciudad.

CAPÍTULO VII

IDILIO EN LOS JARDINES

Una vez en la calle, se alejaron rápidamente del hotel. En una esquina tomaron un taxi y Ronald ordenó que les llevara a la Plaza de la Ópera. Se apearon frente al teatro famoso y Ronald, asiendo a su compañera del brazo, la condujo, por una de las calles adyacentes, a los jardines de Ezbekiyéh. Anduvieron unos pasos, hasta encontrar un banco al pie de un árbol y allí se sentaron. La noche era tranquila y clara, y el cielo tenía transparencias de cristal.



*Tomando a su compañera del brazo, la condujo
a los jardines...*

—Creo que aquí, de momento, estaremos más seguros que en lugar alguno —dijo Ronald.

Miró el reloj y vio que eran las diez y diez minutos. Ofreció un cigarrillo a su compañera y encendió uno para él.

—Disponemos de cuarenta minutos —dijo—. Bien. Cuénteme

todo lo que sepa.

—Lo que yo sé es bien poco, apenas nada.

—¿Cuál es exactamente su papel en todo este enredo? Usted no parece una mujer habituada a estas situaciones.

—No, no lo soy. Hace una semana solamente, yo vivía tranquila en Benarés, con mi madre, y Egipto era para mí tan sólo un determinado color en el mapa, una serie de nombres ya olvidados en mi libro de Historia de segunda enseñanza y la ópera «Aída»...

Ronald no pudo contener una sonrisa.

—No se ría usted. Quiero decir que estaba lejos de suponer que iba a verme envuelta en una historia como esta...

—¿Por qué vino a Egipto?

—Vine a buscar a mi tío. Soy hija de un militar. Mi padre fue coronel del Ejército de la India. Mis padres se trasladaron allí cuando yo era una niña y he vivido siempre en la India. Tenemos una casa en Benarés, y desde que mi padre murió, hace ya seis años, mi madre y yo vivimos en esa ciudad. Mi tío, hermano de mi padre, funcionario administrativo, vivió con nosotras hasta que estalló la guerra. Entonces fue destinado al Oriente Medio y todo lo que supimos de él, desde que partió de Benarés fueron las noticias que él mismo nos daba en sus cartas. Hace dos semanas recibimos una carta en la que nos comunicaba que estaba enfermo y que saldría para la India, con permiso de enfermedad, tan pronto como sus fuerzas se lo permitieran.

»Decidí venir a buscarle y entonces comenzaron mis tribulaciones. Mi tío tuvo una gran sorpresa al verme, y no precisamente agradable. Desde luego, estaba enfermo y era cierto también que había sido dado de baja temporalmente y que pensaba ir a Benarés para convalecerse; pero...

»Quería que regresara sola y al negarme a hacerlo si no recibía una explicación adecuada, hubo de contármelo todo... Me dijo que al estallar la guerra, el "Intelligence Service" había reclamado sus servicios como especialista en las cosas de Oriente y que había trabajado para ese organismo durante estos últimos años; que le habían encomendado una misión difícil y sumamente peligrosa aprovechando, precisamente, el viaje que tenía que emprender, porque consideraba que no llamaría la atención un funcionario que regresaba enfermo a su casa; que su misión terminaba en El Cairo y

que consistía en entregar esos dados de marfil a una persona; y que una vez hecho esto podría partir para Benarés sin demora.

»No ocultó que todo esto, que parecía tan fácil cuando se explicaba, estaba lleno de dificultades. Estaba muy preocupado e inquieto. Tal vez yo sea un poco novelera, pero lo cierto es que mi pobre tío apareció ante mis ojos como un héroe de leyenda, cuando me hube enterado de todo eso. Por otra parte, él estaba enfermo, positivamente enfermo, y no quise abandonarle. Me hizo toda clase de reflexiones para hacerme desistir de mi propósito, pero fue todo inútil y emprendimos el viaje... El resto ya lo sabe usted.

Ronald la miró pensativo.

—¿Y qué voy a hacer ahora con usted? —dijo desalentado—. Es evidente que no puede volver al hotel.

—Y usted, ¿qué es lo que va a hacer?

—Mi querida señorita; tengo los dados en mi poder, pero ignoro lo que he de hacer con ellos. Alguien tenía que indicarme lo que debo hacer y todo hace sospechar que ese alguien era su tío; pero ahora... ¿Recuerda aquel comerciante de Damasco que viajaba con nosotros en el tren?

—Sí.

—¿Ha reparado en él, durante el viaje? ¿Ha hablado con su tío? ¿Se han dicho algo cuando yo me he ausentado del compartimiento?

—Sí, ahora recuerdo...

—¿Qué dijo?

—Dijo que los americanos eran nuestros aliados.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras?

—Dijo que le consideraba a usted y a todos los americanos como «de los nuestros».

—¿Qué ha contestado su tío?

—Que era de la misma opinión.

Ronald estuvo pensativo un largo rato. La muchacha preguntó:

—¿Por qué me ha preguntado esto?

—Porque Alí Ben Achurián estableció enlace conmigo, por medio de la contraseña que ya conoce, en cuanto llegué al hotel.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—La verdad, no sé qué pensar. Pudiera ser que Alí Ben Achurián y su tío trabajasen juntos; pero no me explico, entonces, que los dos

intentasen establecer enlace por separado.

—¿Y qué le dijo el árabe?

—Hace demasiadas preguntas para no estar en el Servicio Secreto —dijo Ronald con ironía.

—Perdóneme —dijo la muchacha, mortificada.

Ronald le oprimió el brazo con simpatía.

—Era una broma —dijo alegremente—. Ya le dije antes que no teníamos más remedio que confiar el uno en el otro... Me citó para esta noche a las once.

—¿Y va usted a ir?

—Pues claro... No tengo más remedio. La única posibilidad que tengo de aclarar todo este enredo y de saber en qué consiste mi misión es que Alí Ben Achurián pueda decirme algo de importancia.

—Y si ése árabe resulta ser...

Ronald se encogió de hombros.

—He de correr el riesgo —dijo.

—No vaya —dijo la muchacha, impulsivamente—. Pueden matarle.

—En el Servicio Secreto no se llegan a peinar canas —dijo Ronald sencillamente, sin fanfarronería.

—Pero yo le necesito.

—Lo siento... He de realizar mi misión.

La muchacha bajó la cabeza.

—¿Conoce a alguien en El Cairo? —preguntó Ronald.

Ella negó con un gesto.

—Puedo llevarla a casa de unos amigos; pero la verdad, no me atrevo —dijo el joven.

—No se preocupe por eso. Voy a ir con usted.

Ronald pasó un brazo alrededor de los hombros de la muchacha.

—¿Se atrevería a hacerlo? ¿No tendrá miedo?

—Estoy decidida.

—No crea que acepto su compañía por egoísmo; tengo una razón. El médico del hotel estaba al servicio del enemigo y es seguro que no se hallaba solo. Es muy probable que los dos, usted y yo, estemos sometidos a vigilancia. Ahora mismo, con toda seguridad, hay un par de ojos, por lo menos, que no se apartan de nosotros.

La muchacha miró a su alrededor recelosa.

—Lo que intentan averiguar —prosiguió Ronald— es la misión que me ha traído a El Cairo. Pero como conocían perfectamente la contraseña, saben que yo mismo ignoraba el trabajo que tengo que realizar. Deben creer, por lo tanto, que muerto su tío, ha sido usted la encargada de revelármelo. Esto quiere decir que esperan que nosotros mismos nos delatemos y que, por consiguiente, no corremos gran peligro hasta que lleguemos a la casa de Alí Ben Achurián.

—Parece un sólido razonamiento.

—Si viene usted conmigo correrá los mismos riesgos que yo corra, que no serán pocos. Pero por lo menos, estaremos juntos y juntos nos defenderemos. En cambio, si nos separamos, estará completamente indefensa. Y no debe olvidar que nuestros enemigos creen que usted conoce el secreto que les interesa averiguar. Además, ellos ignoran quién de los dos tiene los dados. En resumen, creo que corre usted menos peligro viniendo conmigo que...

—Todo eso importa poco. He decidido acompañarle.

—¿Por qué?

—Quiero ayudarle.

Ronald atrajo a la muchacha y la besó en la boca. Los labios de la joven eran cálidos y tiernos y no rehuyeron la caricia. Por un momento, olvidaron su situación, el peligro, la guerra...

La muchacha fue la primera en volver a la realidad.

—¿Hace el amor a todas las chicas sospechosas que encuentra?
—preguntó, con ironía.

—Eso es... secreto de guerra —contestó él, en igual tono, pero luego, poniéndose en pie bruscamente, añadió hosco—: Vámonos. No hay una sola palabra de verdad en lo que antes le he dicho —continuó, mientras echaban a andar—. La única razón de que tuviera interés en que me acompañara a la cita del árabe, era que no tenía confianza en usted.

—Ya lo sé.

—Sin duda es este maldito trabajo que estoy realizando, el que me hace desconfiar de todos y de todo el mundo.

—Supongo que eso debe ser necesario para un servicio como el suyo.

—Quizá sí, pero...

—¿Es que ha dejado de desconfiar de mí?

—Creo que sí.

—¿Y por qué?

—Bien, supongo que...

—¿Porque me ha besado?

Ronald le oprimió el brazo cariñosamente.

—Bueno —dijo—. Supongo que a un agente secreto también le estará permitido el perder la cabeza, siquiera sea por una vez... Dispongo de diez minutos. Voy a entregarla a la policía. Es la única manera de que se halle protegida.

—Usted no va a entregarme a nadie. Yo le acompaño.

—No puede ser.

—A lo que parece, tiene ya confianza en mí, pero yo sigo desconfiando de usted. No sé de lo que ha ocurrido otra cosa que lo que me ha contado y aunque no pertenezca al Servicio Secreto, soy también desconfiada y maliciosa. Mi tío ha sido asesinado y quiero saber quién le mató. El beso ha sido maravilloso, pero si es usted quien mató a mi tío, le juro que le haré matar como a un perro.

Ronald rió.

—¿Y si no fui yo?

—Entonces... Bien, entonces le permitiré que me bese otra vez.

—Le recordaré estas palabras.

Ronald hizo parar un taxi y ordenó al conductor que diese una vuelta por la ciudad. Durante un rato estuvo mirando por la ventanilla de atrás, hasta asegurarse de que ningún coche les estaba siguiendo. Entonces dio al conductor la dirección que Alí Ben Achurián le había indicado en su nota.

Minutos más tarde, el coche paró ante una calleja mal iluminada y de trazo irregular.

—La calle que busca es la de la esquina, *efendi* —dijo el conductor—. He parado aquí, porque el coche no puede entrar en ella.

Ronald abonó el importe del trayecto y preguntó al taxista:

—¿Quieres ganarte diez libras?

—¿Qué he de hacer? —replicó el hombre, sin titubear.

—Poca cosa... Esperar aquí media hora y si al cabo de ella no hemos regresado, dirigirte al cuartel de la Policía Británica, y decir que en esta calle y en la dirección que te he dado, han asesinado a dos ingleses.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso. ¿Conviene?

—Sí, *efendi*.

Ronald le alargó un billete.

—¿Cumplirás tu promesa?

—Sí, *efendi*.

—¿Eres musulmán?

—Sí, *efendi*.

—Si me engañas, que Alá no tenga compasión de ti y que tus cenizas reposen envueltas en una piel de cerdo.

—¡Oh, no, *efendi*! No me maldigas. Yo sé cumplir mi palabra.

Se apearon del coche y avanzaron, cogidos de la mano, por la calle silenciosa y mal alumbrada. Estaban en el corazón de la ciudad árabe y la calle, como la mayoría de las pertenecientes a esta zona, había sido empedrada de un modo primitivo, con pedruscos y cantos dispuestos al azar, con el único fin, seguramente, de impedir que se formaron charcos los días de lluvia. La luz mortecina de los candiles protegidas por cristales que pendían sobre la puerta de algunas de las casas, era la única iluminación de la calle y las casas proyectaban sus sombras alargadas y amenazadoras sobre el suelo. La calle era estrecha y corta, cerrada por un patio en uno de sus extremos, y se hallaba en aquel momento completamente desierta.

La casa a la que se dirigían estaba al fondo. Era la última de uno de sus lados, y el patio que cortaba la calleja le pertenecía seguramente. Los pasos de los jóvenes resonaban en el silencio de un modo lúgubre.

Cuando se pararon frente a la puerta, la muchacha dio un ligero tirón a la mano que asía la suya y Ronald se inclinó para oírla.

—Quiero que sepa antes de entrar que no es cierto que desconfíe de usted —susurró la muchacha.

Ronald la besó suavemente en la mejilla.

—Ya lo sabía —dijo en el mismo tono.

CAPÍTULO VIII

ALÍ BEN ACHURIÁN

Ronald llamó con el puño a la puerta, y momentos después, ésta se abrió de par en par para darles paso. Un hombre de talla gigantesca, vestido a la usanza árabe, se inclinó ante ellos.

—Pasa, *efendi*. Mi señor te está esperando —dijo. Y al ver a la muchacha, añadió desconcertado—: Pero no vienes solo.

—Alí Ben Achurián nos recibirá a los dos.

Atravesaron un largo corredor, al final del cual había una puerta. El gigante llamó con los nudillos, y después se inclinó de nuevo ceremoniosamente, hizo una zalema y les franqueó la entrada. La puerta se cerró tras ellos y se encontraron en una habitación de enormes proporciones, amueblada lujosamente, con la fastuosidad y la fantasía propia de los palacios árabes.

Alí Ben Achurián les salió al encuentro y no ocultó su sorpresa al ver a la joven.

—A usted no la esperaba —dijo cortésmente, pero con acento severo, mirando a Ronald.

—Tampoco yo pensaba traerla —replicó el joven, ásperamente—. Pero no podía dejarla en mitad de la calle. Antes de media hora, su cuerpo hubiera estado en el fondo del Nilo con una piedra atada al cuello.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo suavemente Alí Ben Achurián, añadiendo—: El Profeta consiente que una sola vez en la vida los sentimientos se antepongan al deber.

—Óigame, Alí —interrumpió impetuosamente Ronald—. No he venido aquí a discutir asuntos personales ni a oír proverbios árabes. Quien podía hacerlo, me dijo que me vería obligado a tomar iniciativas por mi cuenta. Pues bien, una de las iniciativas que he

tomado y no ha sido la única, es la de confiar en esta joven.

—Me parece muy bien —dijo el árabe, sin alterarse—. Sólo que yo he de calcular el alcance de mis propias iniciativas. ¿No le parece? ¿Puedo preguntarle a qué obedece su solicitud por esta joven?

—Mi tío ha sido asesinado —dijo sencillamente la muchacha, que había permanecido silenciosa hasta aquel momento.

El árabe se descompuso.

—¿Qué? —exclamó.

—Peter Flint ha sido asesinado hace escasamente dos horas —aclaró Ronald.

—¡Oh, cuánto lo siento! Perdónenme. Especialmente usted, señorita... Siéntense. ¿Quién ha descubierto el cadáver?

—Yo.

—¿Sabe quién fue el autor del asesinato?

—Sí, fue el doctor Blight.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estaba todavía en la habitación cuando yo entré. Luchamos. El médico resultó muerto.

—¿Ha intervenido la policía?

—Lo ignoro. Antes de salir del hotel la señorita y yo, intenté por medio de una añaqaza, que la policía tuviera conocimiento de lo ocurrido, pero no sé si mi estratagema ha tenido éxito.

—Peter Flint poseía algo de mucho valor.

—Lo tengo en mi poder.

—¿En dónde lo guarda?

—Eso es asunto mío.

El árabe sonrió. Estaban sentados en unas banquetas de madera labrada máxima concesión a los gustos occidentales que Alí Ben Achurián había querido hacer en la habitación, y a su lado, sobre una pequeña mesa, junto a una pipa turca, cajas con cigarrillos, ceniceros y un pebetero, descansaba el teléfono. Alí Ben Achurián asió el receptor y marcó un número.

—¿Jefatura de Policía? —preguntó—. Soy Alí Ben Achurián. Deseo hablar con el jefe.

Esperó unos momentos, pronunció después unas palabras en árabe, sin duda una contraseña, y a continuación preguntó:

—¿Podría informarme si ha ocurrido algo en el «Hotel

Mogador», hoy a primeras horas de la noche?

Estuvo largo rato con el auricular pegado a la oreja, intercalando solamente algunos monosílabos en la larga explicación que, indudablemente, le estaban dando. De vez en cuando, sus labios esbozaban una sonrisa, y en algún instante, sus ojillos risueños se fijaron en Ronald. Por fin dio las gracias, se despidió afablemente y colgó el receptor. Sin abrir la boca, ofreció cigarrillos a sus visitantes y cogió uno para él, y cuando habían lanzado la primera bocanada de humo, se decidió a hablar.

—El crimen se descubrió hace poco menos de una hora. La policía está todavía en el hotel. Parece que su estratagema dio buen resultado. Cuando el camarero subió con el *whisky* que había sido encargado desde un teléfono interior, encontró en la habitación a Philip Manders, el periodista americano, en pie, junto a los dos cadáveres: el de Peter Flint y el del médico del hotel. No hay dudas sobre el asesinato de Peter Flint. Fue el médico quien le mató. Las huellas digitales de éste han sido halladas en el mango del cuchillo. En cuanto al médico, todos se hallan desconcertados. El forense no comprende lo que ha podido ocurrir y se inclina a suponer que el autor de la muerte no ha sido un ser humano, sino algún animal de fuerza descomunal.

Alí Ben Achurián fijó los ojos en Ronald con mirada inquisitiva al pronunciar estas palabras, pero el joven no despegó los labios. El árabe continuó:

—Philip Manders, después de ser interrogado, ha sido puesto en libertad. No se ha demostrado que tuviera nada que ver con el asunto y la declaración de la telefonista que recibió la llamada del desconocido le ha sido favorable. La policía busca a la sobrina de Peter Flint y a Ronald Miller, otro periodista, amigo de Manders, que han desaparecido. La policía continúa trabajando. De momento no hay más, pero ya es bastante, ¿no cree? Lo que más parece intrigarles es la muerte del doctor Blight.

Alí Ben Achurián miró sonriente al joven.

—Fue cuestión de vida o muerte —explicó Ronald—. Él me había atenazado por la garganta y me estaba asfixiando. En el último instante, cuando yo estaba a punto de desvanecerme, se me ocurrió, no sé cómo... Bien, apliqué una llave de «*jiu-jitsu*» que mi viejo profesor me había enseñado. A decir verdad siempre había

creído que la tal llave era pura palabrería, pero el resultado fue sorprendente.

El árabe rió plácidamente.

—El forense está hablando de un ser de fuerza inusitada y la policía está un poco sugestionada por sus afirmaciones. Es divertido...

Ronald lanzó una bocanada de humo al techo.

—Bien, Alí. Ahora le toca a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora le toca a usted contestar a mis preguntas. Vamos al grano, Alí. Estoy trabajando a ciegas y necesito, ante todo, estar seguro de su identidad.

Por toda contestación, el árabe cogió de nuevo el receptor del teléfono.

—¿Cuartel General Británico? —preguntó después de marcar un número—. Necesito hablar con el jefe de información

Z-3.

Pasados unos momentos, continuó:

—Coronel, tengo aquí, en mi casa, a un joven. Ya sabe usted de quién estoy hablando, que exige que alguien me garantice antes de establecer conmigo relaciones comerciales. ¿Podría decirle algunas palabras?

Alí Ben Achurián pasó el receptor a Ronald.

—A sus órdenes, mi coronel —dijo éste.

Una voz grave, de tono seco y cortante, de hombre acostumbrado a mandar, le contestó:

—¿Miller? Óigame, muchacho. Puede confiar en Alí. Está usted trabajando maravillosamente. Siga adelante.

—Lo lamento, mi coronel, pero he de tomar precauciones. Tenga la bondad de colgar, su receptor. Yo llamaré ahora.

Ronald cortó la comunicación y marcó unos números en el disco. La misma voz contestó a su llamada.

—¿Está usted tranquilo, ahora?

—Sí, mi coronel, gracias.

—Buena suerte.

Alí Ben Achurián le miró sonriente.

—Es usted cauteloso —dijo.

—Un agente secreto no se siente nunca seguro.

El árabe hizo una zalema.

—Y bien... Estoy a su disposición.

—Antes debe comunicar con la policía... Dentro de unos minutos se presentará en la Jefatura un taxista diciendo que en esta casa han sido asesinados dos ingleses. Es una pequeña precaución que he tomado antes de venir aquí... Sería conveniente, además, que tomara usted alguna medida de defensa, pues temo que seamos objeto de un asalto antes de que pase mucho tiempo.

—¿Usted cree? —preguntó el árabe, con mirada penetrante.

—Ahora ya puedo decirle que tengo aquí el objeto que llevaba Peter Flint.

—Ya entiendo.

—También desearía poder dejar en lugar seguro a *miss* Turner, cuando yo salga de aquí.

Alí Ben Achurián hizo un gesto de asentimiento.

Asió de nuevo el receptor del teléfono y llamó otra vez a la Jefatura de Policía. Habló largo rato. Dio explicaciones, hizo preguntas y solicitó ayuda. Cuando dejó el receptor se mostraba satisfecho.

—Dentro de unos minutos —explicó— tres coches patrullas estarán en las inmediaciones, dispuestos a acudir a la primera alarma. En cuanto a *miss* Turner, yo mismo, en persona, la depositaré en el Cuartel General.

—Bien, ahora podemos ir a lo nuestro.

—Espero sus preguntas.

—¿Por qué acompañó a Peter Flint desde Alejandría?

—Recibí órdenes de escoltarle. Me dieron a entender que Peter Flint llevaba algo de gran valor y que debía protegerle hasta el «Hotel Mogador».

—¿Sabe qué es lo que llevaba?

—No tengo la menor idea.

Ronald sacó de su bolsillo la bolsita de seda, la abrió ante los ojos del árabe y de la muchacha y sacó los dados.

—¿Son éstos los dados de que me habló? —preguntó a la muchacha.

—No lo sé. No los vi nunca. Puedo asegurar que la bolsita es la misma o que, por lo menos, es idéntica a la que llevaba mi tío, pero los dados no llegué a verlos.

—¿Ha visto esto alguna vez? —preguntó el joven al árabe.

Éste movió la cabeza en sentido negativo.

—Nunca —dijo.

—¿Sospecha la utilidad que esto pueda tener?

—En absoluto.

Ronald puso los dados en su misma mano, los agitó, pausadamente y los lanzó sobre la mesa. Repitió el juego varias veces, mientras los tres miraban rodar los cubitos de marfil, como fascinados. Se trataba de unos dados normales y fuera de su reducido tamaño no se observaba en ellos ninguna anomalía, ningún detalle significativo. Ronald los recogió pensativo, los contempló en la palma de su mano y después los dejó caer dentro de la bolsita.

—Alí —preguntó inesperadamente—, ¿juega usted a los dados?

El árabe hizo un gesto ambiguo.

—El Profeta prohíbe los juegos de azar —dijo, sonriente.

—Ya lo sé, pero los juegos de azar dejan de serlo si se hacen trampas. Y usted y yo vamos a hacerlas. ¿Tiene unos dados como éstos?

—Iguales no, pero sí parecidos. Tal vez un poco mayores.

—Servirán para el caso. Démelos. Y si encuentra una bolsita similar a ésta, me hará usted feliz.

Alí Ben Achurián se levantó de su asiento, revolvió en los cajones de un mueble situado en un extremo de la habitación y regresó junto a sus visitantes mostrando unos dados y una bolsa. Tanto ésta como los dados eran diferentes de los que Ronald había enseñado, pero el joven se dio por satisfecho. Encerró los dados que el árabe acababa de entregarle en la nueva bolsita y guardó ésta en el bolsillo de su americana, al mismo tiempo que entregaba la primera bolsita a *miss* Turner.

—Cuando llegue al Cuartel General —dijo a la muchacha— entregue esta bolsita al Jefe de Información, sólo a él. Le advierte que se trata de la que llevaba su tío y a causa de la cual fue asesinado.

Alí Ben Achurián le miró con ojos de admiración.

—Es una idea brillante —dijo—, más por Alá, hay que reconocer que es usted un hombre valiente.

CAPÍTULO IX

LA MISIÓN

Ronald miró al árabe con mirada pensativa.

—Ignoro cuál es el valor de estos dados, Alí, pero han matado a un hombre a causa de ellos —dijo—. Hemos de impedir que esas piezas vayan a parar a manos enemigas, y a usted o a mí pueden matarnos de un momento a otro. Así se hallarán en manos seguras, mientras el enemigo anda detrás de nosotros dos, creyendo que está en nuestro poder. Claro que hemos de tener la certeza de que *miss* Turner llegará al Cuartel General.

—*Miss* Turner entregará esa bolsita al jefe de Información. Yo respondo de ello —dijo el árabe, con firmeza.

—Esta cuestión ha quedado, pues, zanjada. Pasemos a otra... ¿Por qué, mientras usted establecía enlace conmigo, Peter Flint, por medio de su sobrina, intentaba establecer contacto, por su cuenta, con el enviado de Londres?

—Peter Flint no intentaba enlazar con el enviado de Londres, sino con los agentes enemigos infiltrados en nuestra organización. Su misión era muy peligrosa.

—¿Cómo se explica que el médico le sorprendiera, estando sobre aviso?

—¡Vaya usted a saber! Quizá no le dio tiempo a defenderse. ¡Cualquiera sabe! Pero Peter Flint sabía perfectamente, como lo sabía yo, que el enviado de Londres era usted.

—¿Cómo es eso?

—Nos había sido entregada una descripción exacta completa de usted.

—Le aseguro que no lo entiendo, Alí. En Londres me dieron a entender que había sido elegido al azar.

—Tal vez fue una medida de precaución, quizá creyeron más prudente que ignorara... En todo caso, puedo asegurarle que la verdad es otra. Le encargaron esta misión a petición del jefe de Información del Ejército del Nilo.

—¿Por qué?

—El jefe de información le conoce, conoce a su familia, conoció a sus hermanos. Necesitaba a un hombre de absoluta confianza y solicitó que le enviaran a usted.

Ronald permaneció unos momentos pensativo.

—¿Conocían en Londres la misión que se me iba a encargar? —preguntó después.

—Sólo el coronel Campbell. Los demás la ignoraban todos.

—¿Quién tiene que explicarme mi misión?

—Yo.

—¿Puede hacerlo delante de *miss* Turner?

—A la altura que las cosas han llegado, no tengo inconveniente alguno en hablar delante de esta joven. Es usted quien ha de decidirlo.

—Puede hablar.

—El Ejército del Nilo ha comprobado la existencia de interferencias enemigas en el servicio de información. No se trata del clásico trabajo de espionaje realizado con mayor o menor suerte y pericia. Se trata de algo mucho más grave. Es una infiltración en las altas esferas del Ejército, que ha desbaratado repetidamente operaciones preparadas con el mayor cuidado. En Egipto son inminentes grandes acontecimientos militares, pero no es posible tomar iniciativa alguna, mientras esta cuestión no haya quedado resuelta. El secreto, factor fundamental en la guerra, no está asegurado. Ya puede comprender pues, la importancia del trabajo que se le encomienda. El Ejército del Nilo está paralizado, atado de pies y manos. Se pondrá en marcha en cuanto haya desaparecido toda infiltración.

—Entonces, mi misión...

—Consiste en descubrir esas infiltraciones y señalar sus puntos de origen. Es una tarea muy difícil, pero es usted un hombre capaz de llevarla a feliz término. Yo diría que se ha situado desde el principio en una inmejorable situación para descubrirlo todo. Sin embargo, le recomiendo que no se confíe. El hombre que mueve

todo esto ha conseguido situarse en un puesto clave y está dotado de una singular perspicacia.

—¿No puede darme ninguna orientación?

—Casi ninguna. Las sospechas se extienden desde el Cuartel General del Ejército del Nilo hasta los propios Servicios de Información de la metrópoli. ¿Qué opina usted de Manders?

—Manders es, desde luego, sospechoso. Hasta diría que es el sospechoso ideal. Pero tiene los papeles en regla y su documentación ha salido, indudablemente, del «Intelligence Service».

—Pero usted habló con él.

—Sí, pero no pude tomar partido. En resumen, mientras no sepamos con exactitud si fue o no enviado por Londres, hemos de obrar con mucha cautela en este asunto.

—¿Cree que Manders y el médico trabajaban juntos?

—Ahí está la cuestión. Estoy seguro de que no trabajaban juntos.

—¿Por qué?

—Porque si hubiera pertenecido al mismo grupo, el médico no hubiera subido a la habitación de Peter Flint. Hubiera avisado a Manders y él hubiera permanecido al lado de *miss* Turner mientras el otro hacía la faena.

—Entonces...

—Me inclino a suponer que Blight era el jefe de un grupo de espionaje situado en Egipto, con enlaces en el Cuartel General.

—¿Qué le hace suponer esto?

—Los datos. Blight iba detrás de ellos y conocía, además, la contraseña para enlazar conmigo. La misión de Peter Flint consistía, con toda seguridad, en entregarme los datos e indicarme lo que debía hacer con ellos. Blight sabía esto, pero sólo podía haberle informado alguien perteneciente al Cuartel General, alguien que conociese el valor exacto de los datos y la contraseña urdida para establecer contacto con el enviado de Londres.

—Ya entiendo.

—Por lo que respecta a Blight, hay que descartar a Londres de toda sospecha, puesto que allí, a excepción del coronel Campbell, y éste está por encima de toda reserva, sólo sabían la contraseña e ignoraban cuanto se refiere a los datos.

—Es un razonamiento muy justo.

—El caso de Manders es distinto. Manders estaba tan desorientado como yo mismo, y lo único que pretendía, al suplantarme, era conocer la misión que se me había encomendado. Brevemente. Si Manders es también un agente enemigo, pertenece a un grupo diferente de aquél al que pertenecía el médico.

—¿Por qué ha dicho antes que esperaba que nos atacasen?

—Lo que me extraña es que no lo hayan hecho ya, los secuaces de Blight. Ellos van detrás de los dados, no lo olvide. Deben habernos seguido a *miss* Turner y a mí.

En estos momentos, el árabe gigantesco que les había franqueado la puerta de la calle, después de llamar con los nudillos en la puerta, se precipitó en la habitación.

—Mi señor —dijo haciendo una gran reverencia—, hay un grupo de hombres en la calle.

—Muy bien —comentó Alí Ben Achurián, levantándose—. Ha llegado el momento.

Se dirigió a un extremo de la habitación y apretó un resorte disimulado detrás de una cortina. Inmediatamente se abrió, en el mismo muro, una puerta corredera, mostrando un estrecho pasadizo.

—Omar, vas a conducir a *miss* Turner al Cuartel General —dijo Alí Ben Achurián al gigante—. Pero no vas a abandonarla hasta que se halle en presencia del jefe de Información.

—Sí, mi señor.

—Con tu vida me respondes de ella.

—Sí, mi señor. La llevaré hasta el sidi coronel.

—No pondrás en marcha el automóvil hasta que oigas los primeros disparos.

—Entendido, señor.

—Al fondo del pasillo hay un cobertizo y en él está mi coche —explicó el árabe a sus visitantes—. La salida del cobertizo da a otra calle. Podríamos intentar huir todos por allí, pero creo que resultaría más peligroso para *miss* Turner y nos interesa, ante todo, que ella llegue al Cuartel General.

—Estoy de acuerdo.

—Usted y yo haremos frente a esos caballeros, y de ese modo, si alguna vigilancia tienen establecida en las calles adyacentes, la abandonarán para acudir aquí.

—Es una excelente idea.

Alí Ben Achurián se inclinó ante la muchacha.

—Puede confiar en Omar. Él la llevará al Cuartel General —le dijo. Y añadió, gravemente—: *Miss Turner*, hemos hablado delante de usted sin reservas. Debe repetir nuestra conversación al jefe de Información, pero a nadie más. Puede añadirle que me propongo prestar todo mi apoyo a Ronald Miller.

La muchacha disimuló su emoción. Era valiente y Ronald la admiró en silencio.

—¡Qué tengan suerte! —dijo con voz cálida, ligeramente temblorosa—. Cumpliré el encargo que me han dado. Confíen mí. Gracias a los dos —añadió sencillamente. Y dirigiéndose a Ronald, continuó—: Especialmente a usted. Creo que no olvidaré nunca esta noche ni su comportamiento conmigo.

—¡Oh, no, no! —bromeó Ronald—. Esto parece una despedida y no lo es. Antes de que parta para la India, volveremos a vernos. No olvide que queda algo pendiente entre nosotros dos.

CAPÍTULO X

EL ASALTO

En este momento se oyó llamar en la puerta de la calle. Alí Ben Achurián hizo un gesto imperativo y el árabe gigantesco desapareció por el pasillo secreto seguido por la muchacha. Alí oprimió de nuevo el resorte disimulado detrás de las cortinas y la puerta se cerró. La habitación recobró su aspecto normal, sin que nada indicase la existencia de la puerta corredera.

El árabe se dirigió al teléfono y levantó el receptor, pero volvió a dejarlo al instante.

—Han cortado el teléfono —murmuró.

Abrió la puerta de la habitación de par en par.

—Vamos a divertirnos un poco —dijo, resuelto—. Ayúdeme.

Y ayudado por Ronald, que comprendió al instante lo que el árabe se proponía, fue depositando delante de la puerta de la habitación, primero una mesa y después varias alfombras arrolladas, que fue sacando de una salita que se formaba a la derecha de la estancia que habían ocupado hasta entonces, hasta formar una verdadera barricada.

Varios golpes resonaron en la puerta de la calle.

—¡Ya va! —gritó Alí Ben Achurián, con voz estentórea. Y dirigiéndose a Ronald, dijo—: Póngase ya detrás del parapeto y prepárese. Deje un espacio para que yo pueda entrar.

Ronald hizo lo que le ordenaban y amartilló su pistola. Aseguró un extremo de la puerta y se preparó un pequeño espacio, entre dos rollos de alfombras, para que pudiera servirle de arpillera. Desde allí vio a Alí Ben Achurián que se aproximaba a la puerta.

—¿Quién es? —le oyó preguntar.

—¡Policía! —le respondió una voz desde el exterior.

—¡Ésta es la casa de Alí Ben Achurián! —dijo el árabe a gritos.

—Venimos para protegerle —replicó la voz—. Intentan asaltarle.

—Está bien. Ahora les abro.

Alí Ben Achurián volvió rápidamente a la habitación, en la que entró por el espacio libre que Ronald había dejado, y ayudado por el joven atrajo hacia sí mesa y alfombras, hasta que el parapeto que habían formado con ellas obstruyó por completo el acceso a la habitación.

—Es necesario que nos hagamos fuertes aquí —explicó entonces—. La salita de la que hemos sacado la mesa y las alfombras da directamente al patio y no tardarán mucho en entrar por ahí.

Amartilló una pistola y continuó hablando rápidamente.

—Debajo de ese almohadón hay una caja con bombas de mano, pero no las utilizaremos más que si nos vemos en situación comprometida. En caso de no poder sostenernos hasta la llegada de la policía, huiremos por el corredor que han utilizado *miss* Turner y Omar.

Se aproximó a la pared y levantó una mano.

—¿Preparado? —preguntó.

Y al ver el gesto de asentimiento de Ronald, apagó las luces. Inmediatamente oprimió un botón y la puerta de la calle se abrió de par en par.

—¡Adelante! —gritó. Y en voz baja, dijo a Ronald—: Buena puntería.

La casa había quedado sumida en la oscuridad, y a la luz mortecina de la calle, que se filtraba por la puerta formando un rectángulo iluminado, pudieron ver desde su parapeto, varias sombras que parecían vacilar en el umbral.

—¿En dónde está, Alí? —preguntó una voz robusta.

—Sigan el pasillo y me encontrarán al fondo —respondió el árabe.

Dos sombras se destacaron y avanzaron por el pasillo con paso precavido. Pero no estaban muy lejos de la puerta de la calle cuando la voz de Alí Ben Achurián se dejó oír de nuevo.

—¡Alto! —gritó con voz firme—. ¡No avancen más y levanten las manos!

No había pronunciado todavía la última palabra, cuando sonaron dos disparos y dos balas fueron a incrustarse en los rollos

de alfombras que les protegían. Ronald y el árabe dispararon casi simultáneamente. Para un buen tirador, el blanco era seguro, pues los asaltantes se hallaban en el centro del pasillo, y uno de los hombres se desplomó al suelo. Pero la lucha sólo acababa de empezar. Otros hombres se deslizaron por la puerta y el tiroteo no cesó ya.

El fino oído de Ronald percibió a su espalda, en dirección al corredor secreto, el
run-run

de un automóvil, y respiró tranquilo. El árabe y él continuaban disparando, pero los asaltantes tomaban ahora más precauciones y avanzaban paso a paso, pegados a las paredes del pasillo. Uno de ellos llegó junto al parapeto y Ronald, exponiéndose a que le alcanzara una bala, le derribó de un culatazo.

La situación se hacía difícil por momentos. Los que habían entrado por el patio se hallaban ya en la salita y se les oía perfectamente. Seguramente se esforzaban en la oscuridad, en retirar los obstáculos que les dificultaban el paso. No tardarían en irrumpir en el pasillo y entonces...

Pero no sabían que Alí Ben Achurián les tenía reservada otra sorpresa.

—Las bombas —dijo a Ronald, señalando el almohadón—. Usted hará eso mejor que yo. Tire en dirección a la salita.

Y después de disparar dos veces consecutivas, se dirigió a un extremo de la habitación andando a gatas. Ronald había ya abierto la caja y tenía en la mano uno de los artefactos. El árabe apretó un botón y el pasillo quedó inundado de una luz vivísima que, cegándoles, paralizó de momento la acción de los asaltantes que se estaban acercando peligrosamente, amparados por la oscuridad.

—Ahora —gritó Alí Ben Achurián.

Ronald, que había sacado ya la horquilla, lanzó la bomba con mano firme por encima del parapeto, en dirección a la salita. El estrépito fue espantoso. Las paredes temblaron y la casa entera pareció que se venía abajo. Agazapados junto a los rollos de alfombras de su parapeto, Ronald y el árabe esperaron a que se disipara la humareda para asomarse por encima de su defensa improvisada. Después de la baraúnda anterior, el silencio de ahora tenía una densidad inquietante. De la salita llegaba el rumor de

gemidos y en el pasillo había varios cuerpos tendidos.

—¿Está bien, Alí? —preguntó Ronald.

—Perfectamente. ¿Y usted?

—Ileso —contestó el joven, brevemente.

En la calle sonaron las sirenas de los coches de la policía, y pasados unos momentos, la puerta de la calle se abrió violentamente para encuadrar en su marco los uniformes grises de los agentes.

—¿Qué sucede aquí? —gritó uno de ellos—. ¡Alí!

—Aquí, detrás del parapeto... Estamos bien —contestó el árabe.

—Pero... ¡Dios Santo, si esto es una carnicería!

—Nos hemos defendido, sargento.

—¡Vaya una defensa! —murmuró el sargento—. Llegamos cuando ya no hacemos falta para nada. Lo siento.

Ronald y el árabe apartaron el parapeto detrás del cual se habían defendido y salieron al pasillo. El sargento no había exagerado. Tres hombres se hallaban tendidos en el suelo sin dar señales de vida y otro se desangraba sentado, junto a la pared, gravemente herido. Otro de los asaltantes, el único de los que penetraron por la puerta que había resultado ileso, con los ojos desorbitados por el pánico y conmocionado por la explosión, estaba arrodillado en el suelo, pegado a la pared, y se dejó detener sin oponer resistencia. En la salita el cuadro era más desolador todavía. Cuatro hombres yacían allí sin vida, entre una espantosa confusión de muebles destrozados. La explosión debió cogerles de lleno y los cuatro presentaban heridas horribles.

Alí Ben Achurián, fríamente, fue mirando los rostros de los asaltantes muertos, dando la vuelta a los cuerpos cuando éstos se hallaban tendidos boca abajo.

—Mal andrà de servicio esta noche el «Hotel Mogador» —dijo con ironía. Y llamando la atención de Ronald hacia uno de los cadáveres, añadió—: Fíjese, el *maître*... Y allí uno, dos, tres camareros... Por lo visto, el «Mogador» era un verdadero centro de espionaje.

—Pues han liquidado a la cuadrilla —exclamó el sargento, que no se recobraba de su asombro.

Alí Ben Achurián se dirigió al detenido.

—¿Qué cargo tenías tú en el «Mogador»? —preguntó rudamente.

—Yo...

El árabe le cogió por el cuello y le empujó brutalmente contra la pared.

—¡Habla, perro, o te voy a arrancar la lengua! —le gritó en la misma, cara.

Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente y se puso a temblar.

—Era el camarero del segundo piso.

—¿De dónde eres?

—Soy... italiano.

—¿Quién era el jefe de la cuadrilla?

—El doctor Blight.

—¿Quién más pertenecía al grupo en el «Mogador»?

—Otros tres camareros y el «barman».

—Ya lo ha oído sargento —dijo el árabe.

Y sin aflojar la presión que ejercía con sus manos en el cuello del detenido, le preguntó:

—¿De quién recibíais informes?

—No lo sé.

Alí Ben Achurián apretó al hombre contra la pared de un modo tan salvaje que sus huesos crujieron.

—¿Vas a hablar, perro? —vocifero.

—Le juro que no lo sé —grito el hombre, medio ahogado—. Blight recibía informes de un oficial del Estado Mayor, pero ignoro quién era.

El árabe retiró las manos del cuello del hombre y éste, medio asfixiado, cayó al suelo. Alí Ben Achurián le propinó un puntapié.

—Llévese a esa basura de aquí, sargento, o no respondo de mí —dijo.

Se volvió hacia Ronald, y al instante volvió a ser el hombre de modales refinados y de cortesía exquisita de antes.

—Después de todo, el interrogatorio ha dado un cierto resultado, ¿no cree? —preguntó ingenuamente.

Ronald sonrió divertido.

—¡Qué duda cabe! Un resultado excelente —dijo. Y añadió, con suave ironía—: Es usted un prodigio de habilidad.

Salieron a la talle y al contemplar el cielo tachonado de estrellas, los dos respiraron profundamente y sonrieron. Echaron a

andar por la calleja, y al llegar al extremo de la misma, vieron los tres coches patrullas.

—¡Que Alá les bendiga! —dijo el árabe, en voz baja—. Aunque es bien cierto lo que dijo el sargento. Ya nosotros habíamos despejado la situación.

Ronald rió de buena gana.

—Es usted temible, Alí. Su truco de la luz fue decisivo. Por nada del mundo quisiera tener que enfrentarme con usted.

—Es el mayor elogio que he recibido en mi vida —dijo gravemente el árabe—. Yo tampoco querría eso.

Salieron a una calle más espaciosa por la que circulaban algunos coches. Ronald miró el reloj y comprobó que era la una y cuarto. Habían estado más de dos horas en casa de Alí Ben Achurián.

—Llegaré tarde a mi cita —murmuró Ronald.

—¿Su cita?

—A las doce tenía que encontrarme con Manders.

—Si va al «Hotel Mogador», voy a ir con usted.

Ronald se paró en seco.

—Oiga, Alí, voy a ir solo. He de trabajar solo.

—Ya lo sé. Mi intención no es estorbar su trabajo. Al contrario, me propongo ayudarle. Mi presencia le ahorrará molestias. Si no voy con usted al «Mogador», la policía le detendrá en cuanto ponga los pies allí.

—Eso es cierto.

—Iremos juntos, pero yo entraré primero. De esta manera, la policía le dejará tranquilo.

Ronald sonrió.

—Se ha empeñado en convertirse en mi ángel guardián. Muy bien, vamos allá.

Y emitió un silbido para hacer detener a un coche que pasaba, en aquel instante, por delante de ellos.

CAPÍTULO XI

INTERROGATORIO DIFÍCIL

Momentos después, el automóvil paró ante la puerta del «Hotel Mogador» y Alí Ben Achurián oprimió la mano de Ronald.

—Espere media hora y entre —dijo.

Cumpliendo la orden de Ronald, el conductor puso nuevamente en marcha el automóvil. El joven se retrepó en su asiento y fumó un cigarrillo, pensativo, mientras recorrían varias calles. Cuando el cigarrillo estaba ya consumido, pasado un buen rato, miró el reloj y ordenó al conductor que regresara al «Hotel Mogador», y momentos después, el coche paró otra vez ante la puerta iluminada.

Ronald se apeó, encendió un nuevo cigarrillo y entró con paso decidido. Había menos animación que a primeras horas de la noche y se apreciaba entre los empleados cierta desorientación. La policía había invadido el edificio y se veían uniformes grises por todas partes. En el mostrador, junto al empleado encargado de recibir a los viajeros. En la centralita del teléfono, al lado de la telefonista. A la entrada de los salones. Al pie de las escaleras, junto al ascensor...

La entrada de Ronald produjo expectación y el joven, al atravesar el vestíbulo para dirigirse al bar, vio de soslayo que los empleados cuchicheaban entre ellos y lo señalaban disimuladamente. Nadie, sin embargo, le dirigió la menor observación y los policías, no parecieron prestarle atención. Diez minutos le habían bastado a Alí Ben Achurián para dejarle el campo libre.

Iba a entrar en el bar, cuando un camarero del hotel se inclinó ligeramente ante él.

—Perdóneme, señor —dijo respetuosamente—. Su amigo, el señor Achurián, le ruega que pase por la oficina de la

Administración.

Ronald giró sobre sus talones y se encaminó hacia una puerta situada a un lado del mostrador de recepción de viajeros, sobre la cual un rótulo con la palabra «Administración» indicaba el uso que le estaba reservado. Llamó con los nudillos y entró sin más dilaciones.

En el fondo de la habitación, una mujer y tres hombres camareros del hotel, se hallaban rodeados de guardias, mientras otro hombre, en quien Ronald reconoció al «barman» del hotel, derrumbado sobre una silla contestaba a las preguntas que Alí Ben Achurián le dirigía con acento duro.

El interrogatorio era devastador, a juzgar por el pánico del «barman», por el desarreglo de sus ropas y por la hinchazón de uno de sus labios y Ronald no pudo contener una sonrisa al pensar en la eficacia de los interrogatorios del árabe.

—Hola, Ronald —dijo Alí Ben Achurián alegremente. Y señalando a un oficial de la policía, añadió—: Le presento al teniente Carter, encargado de la investigación.

Los dos hombres se saludaron con un leve movimiento de cabeza y el árabe prosiguió:

—Le he enviado a buscar, porque he creído que le interesaría ver lo que está ocurriendo aquí y asistir a este interrogatorio. Tal vez le interese hacer alguna pregunta. He hecho detener a toda esa basura —aclaró con un amplio movimiento de cabeza que abarcó a la mujer y a los cuatro hombres—. Creo que junto con los que han muerto en mi casa, la pandilla está completa. Sólo nos falta el encargado del hotel, pero no tardaremos en dar con él.

Los detenidos estaban dominados por el pánico. El trato que estaba recibiendo su compañero había dado al traste con sus propósitos de resistencia, pues debían de creer que el interrogatorio del «barman» era un anticipo de lo que les estaba reservado. Sólo la mujer permanecía impasible. Era joven todavía, y sin ser hermosa, tenía un aspecto agradable.

—¿No le da vergüenza tratar a un hombre indefenso de esa manera? —preguntó, con acento sarcástico.

—¡Cállese! —Gruñó el árabe, aproximándose a ella.

Pero la mujer no se impresionó.

—¿Va a aplicarme el tercer grado a mí también? —dijo con

desprecio.

Alí Ben Achurián clavó su mirada ardiente en los ojos de la mujer.



Alí clavó su mirada ardiente en los ojos de la mujer.

—Los hombres de mi raza —dijo pausadamente— somos refinados en todo, en el placer y en la venganza. El tercer grado de

un árabe no tiene comparación con el que aplica algunas veces la policía.

—¿Por qué no empieza? —dijo la mujer, sosteniendo la mirada del árabe.

—No voy a tardar ni cinco minutos. ¡Y por Alá, que van a hablar todos! Voy a haceros arrancar la piel a tirillas y...

—Un momento, Alí —intervino Ronald—. Tal vez no sea necesario recurrir a esos procedimientos.

La mujer le miró burlona.

—Procedimiento suave —murmuró con ironía—. Estaba previsto. Después de las amenazas, las promesas. ¿Qué nos va a prometer usted?

—Muy poco... Y desde luego, nada si son ustedes ingleses. ¿Es inglesa?

—No, no lo soy, pero eso es cosa que a usted no le importa.

—Es a usted a quién importa, no a mí. Oigan un momento con atención —prosiguió Ronald, dirigiéndose a todos los detenidos—. Ya han oído antes al señor Achurián. Personalmente, no soy partidario de usar determinados procedimientos, pero estamos en guerra y las actividades a que ustedes se han entregado nos eximen de toda consideración. Además, ustedes han asesinado a un compañero nuestro y...

—Ninguno de los que estamos aquí intervino en la muerte del funcionario inglés —gritó la mujer—. No sabemos lo que ocurrió en esa habitación. Es posible que fuera usted mismo quien le mató.

—¿Por qué dice eso?

—He reconocido su voz. Usted es quién se hizo pasar por...

—¿Es usted la telefonista del hotel?

—Sí.

—Bien... Deseo creerla, quiero creer que ninguno de vosotros intervino en la muerte de Peter Flint, pero fue vuestro jefe, el doctor Blight, quien le asesinó.

—Eso es lo que dice usted.

—Acabemos. Habida cuenta de que sois comparsas de la organización, nada más que comparsas, tal vez me sea posible conseguir una cierta benevolencia para con vosotros, si os decidís a responder a nuestras preguntas. Observen que no les prometo nada. No puedo hacerlo. Saben perfectamente lo que les espera. Pero el

grupo que formaban ha sido aniquilado, y en estas circunstancias, si nos facilitan por las buenas unos cuantos datos que necesitamos, espero alcanzar una disminución del rigor con el que necesariamente han de ser juzgados. Que quede bien claro, sin embargo, que mi ofrecimiento no alcanza a los ingleses que pueda haber entre vosotros. Para los traidores no puede haber benevolencia.

Se produjo un silencio lleno de tensión. Fue la mujer nuevamente la que se decidió a hablar.

—Ninguno de nosotros es inglés —dijo, suavemente—. ¿Qué quiere saber?

—¿Quién es Philip Manders?

—¿Philip Manders? ¿Es eso una trampa? Usted sabe perfectamente quién es Philip Manders. Es un agente secreto británico. Vino desde Londres para ponerse en contacto con Peter Flint y recoger algo que éste tenía que entregarle.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Blight me lo dijo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—A poco de que Philip Manders llegara al hotel, ayer por la tarde. Me advirtió que controlara cuidadosamente sus conversaciones telefónicas.

—¿Utilizó mucho el teléfono?

—Momentos después de llegar cursó un telegrama a Londres.

—¿Recuerda el texto?

—Iba dirigido a un hotel de Londres, no recuerdo el nombre, pero en mi cuaderno lo hallará, así como el nombre de la persona a quién se remitía. El telegrama decía:

«Sin noticias de nuestro hermano».

—¿Algo más?

—Sí. Después, ya entrada la noche, sostuvo una conversación con alguien de esta misma ciudad. En mi cuaderno encontrarán también el número y...

—¿Escuchó usted?

—Fue una conversación muy breve. Dijo algo así como que había que mantener la vigilancia y tenerlo todo preparado. Y añadió: «Mañana por la tarde, seguramente»...

—¿Qué le contestaron?

—Que todo estaba dispuesto.

—¿Y nada más?

—No volvió a utilizar el teléfono.

—¿Alguno de vosotros estuvo encargado de seguirle los pasos?

—Yo —dijo uno de los hombres—. Blight me encargó que no le perdiera de vista.

—¿Qué es lo que hizo desde su llegada?

—La verdad es que no se movió del hotel y que apenas salió de su habitación.

—¿Ha recibido visitas?

—No.

Ronald estuvo un momento pensativo. Después se dirigió de nuevo a la mujer.

—Y yo, ¿qué papel he representado en el juego de ustedes? —preguntó.

—Lo ignoro. Mi opinión es que su llegada desconcertó al doctor Blight.

—¿Fue vuestro grupo el que preparó el atentado de que fui objeto a mi llegada a la ciudad?

—No sé nada de eso, pero aseguraría que Blight ignoraba que usted tuviera que llegar. Yo diría que ignoraba hasta que existiera.

El «barman» intervino en aquel momento.

—El señor Russell, el encargado del hotel —dijo con voz débil—, me ordenó que le siguiera cuando abandonó usted este edificio en compañía de la joven inglesa... Hasta aquel momento, no creo que nadie se preocupara de usted.

—¿Y usted avisó que nos hallábamos en la casa de Alí Ben Achurián?

—Sí, señor. Cumpliendo las instrucciones que había recibido, comuniqué por teléfono el sitio en el que se hallaban y regresé al hotel cuando llegaron los dos coches con nuestros hombres.

—¿Por qué asaltaron la casa de Alí Ben Achurián?

—Russell dijo que usted se había apoderado del objeto que llevaba el funcionario inglés muerto.

—¿Sabe alguno de vosotros qué era eso?

Ninguno de los detenidos contestó y la mujer movió la cabeza en sentido negativo.

Ronald sacó la bolsita de su bolsillo y mostró los dados a cada uno de los detenidos.

—¿Sabéis lo que esto significa? —preguntó.

Nadie respondió, y por más que el joven intentó sorprender algún gesto, alguna mirada, algún movimiento significativo, nada reveló que reconociesen los dados. Si algo sabían, supieron disimularlo muy bien.

—Bien —dijo el joven, pensativo, guardando nuevamente la bolsita—. ¿Era Russell uno de sus jefes?

—Sí, Blight y Russell eran nuestros superiores.

—¿Quién era el oficial del Cuartel General que les facilitaba información?

Los detenidos se miraron inquietos.

—Eso solamente Blight y Russell lo sabían —respondió la mujer.

—¿Dónde está Russell?

Nadie abrió la boca.

—No puede haber salido del hotel —dijo Alí Ben Achurián—. Cuando la policía llegó, él estaba aquí todavía y desde entonces todas las salidas han estado guardadas.

—¿No quieren decirlo? —insistió Ronald.

La mujer enarcó las cejas con un gesto displicente.

—Hemos dicho cuanto podíamos decir —afirmó, con entereza.

—Esta carroña hablará —dijo Alí Ben Achurián furioso, dirigiéndose de nuevo al «barman».

Ronald se encogió de hombros y él árabe asió brutalmente al hombre por el cuello.

—¿Vas a hablar? —gritó.

El «barman», que ya había probado las maneras suaves de Alí Ben Achurián, se dio inmediatamente por vencido.

—Russell está en el sótano —silabeó, dirigiendo una mirada de disculpa a sus compañeros—. No tuvo tiempo de huir cuando llegó la policía. En el sótano, junto al almacén de los equipajes, hay una pequeña puerta disimulada...

—¿Está solo?

—Sí, señor.

—¿Lleva armas?

—Una pistola.

Alí Ben Achurián soltó al hombre que respiró aliviado. Los ojos

del árabe brillaban y sus maneras volvían a ser amables y llenas de cortesía.

—Vamos —dijo a Ronald y al oficial—. Con un poco de suerte completaremos la caza y daremos fin a este asunto.

Miró a los detenidos con mirada severa y dirigiéndose especialmente a la mujer, dijo con acento duro:

—No habrá tercer grado. Lo siento... ¡Por Alá que lo siento! Pero mantengo la promesa de mi amigo. Si facilitáis nuestra labor, procuraré que no os ahorquen.

Y girando sobre sus talones, se encaminó hacia la puerta seguido de Ronald y del teniente Carter, que antes de salir, dio varias órdenes a los policías que quedaban en la habitación.

CAPÍTULO XII

EL FIN DE UN ESPÍA

Los sótanos del hotel ocupaban toda la planta del edificio. Eran inmensos y habían sido meticulosamente utilizados. Diferentes piezas, con sus letreros correspondientes, se abrían a todo lo largo de los pasillos y corredores, produciendo una impresión de orden y limpieza. Los lavaderos, la sala de desinfección, el almacén de víveres, las bodegas, el almacén de ropas... Parecía un pequeño laberinto, lleno de pasadizos que se entrecruzaban perpendicularmente y de compartimientos, similares todos ellos, cuyas puertas aparecían herméticamente cerradas.

La luz era muy escasa y las paredes enjalbegadas tenían un reflejo mate y sombrío. Ningún ruido precedente de los pisos superiores llegaba hasta allí y los pasos de los tres hombres sobre las baldosas resonaron con sonido lúgubre.

—Debimos traernos a uno de los detenidos —murmuró el teniente Carter, desalentado, al ver tantos pasillos y compartimientos—. Esto es un rompecabezas. Puedo subir aún en busca de uno de ellos.

—No es necesario —musitó el árabe—. Podemos buscar los tres en direcciones distintas.

Siguiendo la indicación de Alí, se encaminaron los tres por pasillos diferentes, y a los pocos minutos de haberse separado, un silbido penetrante del árabe les reunió de nuevo. Alí Ben Achurián les mostró su hallazgo con ademán excitado.

—Ahí está la puerta —dijo en voz baja.

La puerta, entre dos salientes de la pared, quedaba tan bien disimulada, que de no conocer su existencia resultaba muy difícil percibirse de ella. Los tres hombres observaron con curiosidad los

esfuerzos que se habían realizado para ocultarla el encalado uniforme de la pared, la habilidad con la que había sido recubierta con un trazo de pintura, como si fuera un dibujo de adorno, la línea que seguía la abertura de la hoja.

Alí Ben Achurián fue percutiendo con los nudillos en la pared hasta que el ruido que indicaba el vacío confirmó que la puerta que buscaban estaba delante de ellos.

—¡Abra, Russell! —gritó—. Sabemos que está ahí, de manera que toda resistencia es inútil. Todos sus compañeros han sido detenidos.

La única respuesta que obtuvieron las palabras del árabe fue el silencio.

—No me fío —continuó en voz baja Alí—. Vale más que tomemos precauciones.

Los tres hombres eligieron algún objeto protector y se situaron en las inmediaciones de la puerta convenientemente parapetados. Ronald se apretó contra la hendidura que formaba la puerta del almacén de los equipajes, el oficial de la policía detrás de un enorme baúl que había a un lado del pasillo, y Alí Ben Achurián detrás de una carretilla cubierta de sacos que se hallaba situada junto a la puerta de otro compartimiento.

—Su pistola de reglamento irá mejor que las nuestras, teniente —dijo el árabe—. No perdamos tiempo.

El teniente Carter apuntó a media altura de la puerta, en el sitio en donde acostumbran a estar las cerraduras, e hizo varios disparos, dibujando con ellos un pequeño círculo en la madera. Los disparos sonaron de un modo inquietante en el pasillo y varias astillas volaron de la puerta.

Alí Ben Achurián no lo pensó más y se lanzó sobre la puerta, abriéndola de un empujón y tendiéndose en el suelo. La oscuridad que reinaba en la habitación se vio rasgada por varios fogonazos que brotaron del fondo de la misma.

—¡Cuidado! —gritó Alí.

Y el teniente Carter hubo de apoyarse en la pared, alcanzado en un brazo por uno de los disparos.

—¿Le ha tocado a usted, Carter? —preguntó Ronald.

—No se preocupe, no tiene importancia —replicó el oficial, y apuntó de nuevo cuidadosamente.

Ronald disparó varias veces hacia el interior de la habitación, y durante unos momentos, el tiroteo fue intermitente. Alí Ben Achurián se había ido arrastrando hacia la oscuridad y de pronto, la resistencia cesó.

—¿Le ocurre algo, Alí? —gritó Ronald.

—Ya pueden entrar. Ya le tengo —contestó el árabe desde el fondo de la habitación. Y añadió—: Busquen el conmutador. Yo no lo encuentro.

Ronald halló la llave junto a la entrada y la habitación quedó iluminada. Se trataba de una pieza pequeña, más larga que ancha, sin otros muebles que una pequeña mesa, una silla y un mueble archivador.

Tendido en el suelo, apoyado ligeramente en la silla, se hallaba el encargado del hotel, un hombre de unos cuarenta años, de facciones enérgicas y ojos duros, con un cuchillo clavado en el pecho. La sangre le brotaba a borbotones de la herida. Pero ni aun la muerte, que le rondaba de manera inexorable, era capaz de borrar la rudeza de su expresión.

Alí Ben Achurián le miró con ojos complacidos.

—Le acerté bien —dijo alegremente, y señalando el archivo, añadió—: Creo que hemos conseguido mucho más de lo que esperábamos.

El moribundo fijó los ojos en el árabe e hizo una mueca.

—Sí —dijo, hablando trabajosamente—. Me han atrapado bien. Aún ahora no me explico cómo...

De pronto vio a Ronald y su mirada se ensombreció.

—Todo ha ocurrido a causa de usted —dijo, excitándose momentáneamente—. Su llegada lo ha echado todo a perder. ¿Cuál es su papel en todo esto? ¿Quién es usted?

—¡Cállate, perro! —le gritó Alí—. Eres tú quien vas a contestar a nuestras preguntas.

El moribundo negó con la cabeza.

—No voy a hablar, perderán el tiempo —respondió, añadiendo con acento sombrío—: Por más que no lo necesitan ya. Nos han atrapado a todos y tienen el archivo. Mi labor de dos años ha sido destruida en un instante.

Ronald se inclinó hacia él.

—Russell, está usted muriéndose.

—Sí, ya lo sé. Mis momentos están contados... Pero no hablaré. Somos patriotas, no traidores.

—¿Quién es el oficial del Cuartel General que le facilitaba información?

Russell sonrió débilmente.

—Ése sí que es un traidor —dijo en un susurro—. Nosotros somos patriotas. Hemos expuesto nuestras vidas por la tierra que nos vio nacer, pero ese canalla... Cobraba sus informes a peso de oro. Es capaz de vender a su propia madre por dinero... No me gustan los traidores.

—Su nombre, Russell, su nombre...

—No me llamo Russell. Me llamo Podestá, Giovanni Podestá, y he nacido en Toscana, en un pueblecito perdido entre los viñedos. ¿Conoce usted la Toscana?

El herido había entrado en la agonía y sufría alternativas de delirio y lucidez. Continuó:

—Mi patria es la más dulce y hermosa de las tierras. Hubiera querido morir en ella, pero... El sol, el sol de mi Toscana... El sol arranca reflejos de oro de los pámpanos.

—Dígame el nombre de ese traidor, Russell. Haga un esfuerzo...

—Sí, sí... No delataré a mis compañeros de lucha, pero a ése... Es el teniente Grey, de la Segunda Sección.

—¡Cómo! —exclamó Alí Ben Achurián, sin poderse dominar.

El moribundo, que se había serenado momentáneamente, sonrió levemente.

—Le ha sorprendido, ¿verdad? Hace ya más de un año que ese hombre les traiciona. Mi único consuelo es pensar que también a él le atraparán. Teníamos que pagarle con libras esterlinas. No admitía otra clase de dinero. Debe tener una pequeña fortuna. Por su último informe pagamos dos mil libras esterlinas.

—¿Qué informe les vendió?

—Ahora ya es igual, ¿no? Peter Flint tenía que reunirse en el «Hotel Mogador», con un agente enviado desde Londres, para entregarle un objeto. Se trataba de algo de mucha importancia.

—¿Les comunicó el teniente Grey qué objeto era ése?

—Unos dados. Unos dados de marfil.

—¿Sabe cuál era el significado de esos dados?

—No, no lo sé... Grey lo ignoraba. O acaso creyó que esa

información no entraba en el precio.

—¿Qué hubieran hecho ustedes con los dados, si hubieran caído en su poder?

El moribundo le miró con ojos maliciosos.

—¿Qué hace usted cuando se apodera de algo que pertenece al enemigo? Los dados hubieran sido entregados a nuestro Ejército.

—¿De qué conducto se valían para comunicar con el Cuartel General Italiano?

El hombre movió la cabeza penosamente.

—Es inútil... De nuestra organización no diré nada.

—¿Qué más les comunico el teniente Grey?

—La contraseña que habían de utilizar Peter Flint y el agente de Londres para establecer contacto. «Las aguas del Nilo».

—¿Quién era el agente británico?

—Philip Manders... ¿Acaso no lo sabe usted? Claro que...

—¿Fue Grey, también, quien les dijo eso?

—No, eso fue una deducción del doctor Blight. Sin embargo, ahora...

El moribundo miró a Ronald con aire perplejo.

—Me gustaría saber quién es usted —dijo.

—Soy el agente que tenía que enlazar con Peter Flint.

El italiano, que se iba debilitando por momentos, miró a Ronald con curiosidad y después sonrió.

—Nos equivocamos —murmuró—. Nos equivocamos y lo hemos pagado caro.

De pronto pareció inquietarse.

—Si usted es el agente enviado por Londres, ¿quién es Philip Manders? —arguyó.

—Eso os lo que quisiera saber —respondió Ronald.

El italiano hizo una mueca de dolor.

—Esto se acaba, señores. Me han acertado bien... Estaría bueno... Estaría bueno que Manders fuera uno de los nuestros. ¡Qué lástima!

Sus ojos giraron dentro de sus órbitas y por un instante su expresión se dulcificó.

—Mi Toscana es la tierra más hermosa del mundo. El sol...

Ya no dijo más. Se estremeció violentamente y una bocanada de sangre interrumpió su frase.

CAPÍTULO XIII

UNA CITA A DESTIEMPO

—Esto se terminó —dijo el árabe, volviendo la espalda al muerto—. ¿Cómo va ese brazo, Carter?

—No tiene ninguna importancia.

—He de comunicar inmediatamente con el coronel. El teniente Grey, ese canalla que vendía sus informes a esta gente, es su ayudante. El coronel va a tener una desagradable sorpresa.

Alí Ben Achurián hizo un gesto expresivo, señalando la habitación, y prosiguió:

—La verdad es que hemos conseguido todo lo que queríamos.

—Todavía falta algo —murmuró Ronald, con aire preocupado. El árabe le miró fijamente.

—Vaya con cuidado, Ronald —dijo—. Lo que le queda por hacer es muy peligroso. Ese Philip Manders...

—Voy a aclarar esta cuestión inmediatamente —arguyó el joven, disponiéndose a abandonar la habitación.

—Un momento. No es conveniente dejar sola esta habitación. ¿Puede esperar aquí, Carter, mientras le envío algunos de sus hombres?

—Desde luego.

Alí Ben Achurián y Ronald echaron a andar en dirección a las escaleras.

—Me dijeron que no debía solicitar ayuda hasta que mi trabajo estuviera terminado —dijo Ronald.

—Usted no ha pedido ayuda, soy yo quien se la ofrece.

—Ya le dije antes.

—Lo único que pienso hacer es estar cerca de usted.

Ronald oprimió afectuosamente el brazo del árabe.

—Eso no puedo impedirselo, ¿verdad? —dijo, sonriendo.

Los dos hombres se separaron junto al ascensor.

—Buena suerte y... buena caza —dijo el árabe.

Y Ronald, por segunda vez aquella noche, atravesó el vestíbulo.

Entró en el bar y se dirigió directamente al mostrador. Se hizo servir dos bocadillos, que empezó a comer con verdadera avidez, y una copa de oporto. El salón estaba casi desierto a aquella hora, y por el rabillo del ojo vio, en un rincón, sentado a una mesa desde la que podía vigilar el vestíbulo y la puerta de la calle, al agente

X-15.

De reojo vio cómo se levantaba de su silla, atravesaba el salón pausadamente y se acercaba al mostrador. Se sentó a su lado, se acodó sobre la barra del bar, encendió un cigarrillo y después de encargar una consumición, le habló plácidamente, con la sonrisa en los labios.

—No ha acudido a la cita.

—Me he retrasado, simplemente.

—Un retraso considerable.

—Sí, he tenido mucho trabajo.

—Tiene usted apetito, por lo que se ve.

—Mucho. No he tenido tiempo de cenar.

El hombre pareció desconcertarse por la ironía con que Ronald contestaba a sus preguntas.

—Óigame, Miller... —empezó.

—¡Ah! ¿Sabe ya mi nombre? ¿Cómo lo averiguó?

El agente

X-15

hizo un gesto de cansancio.

—Deje de hacer el gracioso. Del mismo modo que usted averiguó el mío. Por el registro de viajeros. Aproximadamente, todos utilizamos los mismos métodos.

—Sí, es un procedimiento ingeniosísimo —dijo Ronald, burlón.

El otro se agitó en su taburete.

—Me hizo una sucia jugada, Miller —dijo en tono tranquilo, dominando su enojo.

—No le entiendo.

—Me echó en brazos de la policía, con dos cadáveres a mis pies.

Ronald no se tomó la molestia de negar.

—Lo siento —contestó, riendo—. Necesitaba tener las manos libres.

—Temo que tendrá que dar cuenta a nuestros superiores de su comportamiento de esta noche.

—Lo siento mucho. Hasta el momento presente no me he apartado en un solo punto de las instrucciones que recibí.

—¿Figuraba entre ellas la de poner en situación peligrosa a un compañero?

—¡Ah!... ¿Pero es usted un compañero?

El supuesto periodista le miró inquieto.

—Bien... En este caso, quiero decir... Personas que efectúan la misma clase de trabajo.

—Su definición es incompleta; ha omitido algo muy importante.

—Defínalo usted.

—Persona que efectúa la misma clase de trabajo —dijo Ronald, y añadió, recalcando las palabras—: para el mismo empresario.

El hombre le miró furioso.

—Va demasiado lejos, Miller —dijo en tono amenazador—. Su manera de llevar este asunto no me gusta.

—Cada uno tiene su manera de trabajar —respondió Ronald—. Yo tengo mi propio método.

—Hay métodos peligrosos.

—Los míos lo son, pero sólo para mis enemigos.

El agente se puso en pie.

—Por cierto —dijo Ronald—, ¿cómo sabe usted que somos compañeros de trabajo? Eso no lo sabía antes, o por lo menos ha simulado no saberlo.

—Porque... Bien, ése es mi secreto... por ahora.

Ronald había terminado de comer y bebía su copa a pequeños sorbos. El hombre le ofreció un cigarrillo, pero Ronald no aceptó.

—Perdóneme —dijo—, prefiero fumar de los míos.

El supuesto periodista se echó a reír.

—Siempre prudente.

—Eso forma parte de mi método y, créalo, acostumbra a darme buen resultado.

Encendieron los cigarrillos, cada uno el suyo. El agente

—Óigame, Miller, ¿puedo hacer algo para disipar su recelo?

—Eso me estaba preguntando yo hace un rato. Si es que puede hacer algo...

—Sí puedo.

—Pues bien, hágalo.

—La verdad es que deseaba no tener que recurrir a...

Ronald se encogió de hombros desdeñosamente y el hombre, ante aquel gesto, pareció decidirse.

—Si me acompaña a mi habitación —dijo en tono grave—, podré despejar sus dudas.

Ronald le miró fijamente mientras se ponía en pie.

—Muy bien —dijo—. Vamos allá.

CAPÍTULO XIV

VIAJE DE INSPECCIÓN

El ascensor les depositó en el segundo piso y los dos hombres avanzaron por el pasillo. El supuesto periodista abrió la puerta de la habitación 268 y se hizo a un lado para ceder el paso a su acompañante.

—Pase usted —dijo brevemente.

Y al penetrar en la habitación, Ronald recibió la mayor sorpresa de toda la noche. Cómodamente sentado en una butaca, fumando un cigarrillo y con un vaso lleno hasta los bordes en la mano, le miraba inquisitivamente el comandante Hocking, su jefe inmediato, el hombre de quien recibiera, tres días antes, en Londres, las instrucciones para emprender su viaje.

—Mi comandante —dijo el agente

X-15

—, no ha habido manera de convencerle. He creído que lo mejor era...

—¿Qué hay, Miller? —dijo el mayor, con su modo de hablar seco y cortante.

—A sus órdenes, mi comandante —farfulló Ronald—. ¡Vaya una sorpresa!

Su jefe inició una sonrisa.

—Lo imagino... —murmuró—. Inesperado, ¿verdad? También lo es para mí. Me dirijo a Bagdad, pero ha querido hacer escala en El Cairo para conocer la marcha de su trabajo, Miller. Por lo que he podido apreciar ha sido una buena idea. No es necesario que le indique, creo, que mi estancia en esta ciudad es rigurosamente secreta. Sólo estaré aquí unas horas.

—Su presencia, mi comandante —dijo Ronald—, servirá para

aclarar ciertos puntos oscuros de la situación.

El comandante le miró fijamente.

—¿Cómo marcha su trabajo, Miller? Por lo que he podido apreciar, no marcha muy bien, ¿verdad?

—Al contrario, señor.

—Entonces, su misión...

—Mi misión está prácticamente cumplida.

—¿Con quién estableció enlace?

—La persona conocía perfectamente la contraseña y estableció contacto conmigo del modo adecuado. Cumplí rigurosamente las órdenes que usted me dio.

El comandante Hocking le miró severamente.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo.

—Ya lo sé, mi comandante.

—Desconfía de mí —terció el agente

X-15.

—¿Por qué se interpuso en el camino de este hombre? —preguntó el comandante.

—¿Y qué hubiera hecho usted en mi lugar, mi comandante? A mi llegada a El Cairo, nada más salir de la estación, fui objeto de un atentado. Momentos después llego al hotel y me encuentro con que otra persona me ha suplantado.

—¿Por qué estableció contacto con él, sin darse a conocer?

—¿Qué otra cosa podía hacer, señor?

—¿No contestó correctamente a todas sus preguntas?

—Sí, mi comandante, todo estaba en orden: las palabras, la documentación, hasta la pistola. Pero... En fin, señor; convendrá en que la situación era y continúa siendo un tanto irregular. No es que pretenda recibir explicaciones, sin embargo...

El comandante permaneció un momento pensativo.

—Ha hablado antes de unas aclaraciones —dijo—. ¿De qué se trata?

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Hágalas.

—¿Sabía usted la clase de misión que yo venía a realizar a Egipto, mi comandante?

—Sí.

—¿Fue usted, mi comandante, quien envió también a este

hombre?

—Sí.

—¿Quién es exactamente este hombre?

—La respuesta es innecesaria, ¿no le parece? Pero puesto que se empeña... Este hombre es un compañero de trabajo; es el agente X-15.

No podrá decir que me falta la paciencia...

Ronald se quedó rígido, como clavado en el suelo, y por unos momentos pareció haber envejecido. Los dos hombres le observaban atentamente. El joven se recobró al fin y con ademán desenvuelto sacó de su bolsillo la bolsita de los dados.

—Siendo así... —dijo—. Puesto que usted ya conocía mi misión, es conveniente que vea este objeto.

Sacó los dados de la bolsita y los lanzó sobre la mesa que se hallaba delante de su jefe.

—¿Es esto lo que le entregaron? —preguntó éste con vivo interés.

—Entregar no es la palabra, señor. El agente que tenía que entregarme esos dados fue asesinado en una habitación de este hotel.

—¿Y cómo pudo hacerse con ellos?

—Registré la habitación y los encontré.

—¿Y el asesino?

—Estaba todavía allí cuando entré. Luchamos y... murió.

—¿Quién era?

—El médico del hotel. Este hotel era un importante centro de espionaje italiano. El grupo ha quedado liquidado casi por completo.

—¿Liquidado?

—Hubo una refriega, un par de horas más tarde, en una casa de la ciudad vieja, y han muerto en ella casi todos los hombres que constituían el grupo...

—Magnífico, Miller. Excelente trabajo. No me extraña que dijera antes que su misión había sido cumplida.

—Recibían informes de un oficial del Cuartel General, que supongo que a estas horas ya debe estar detenido.

—Bien, ¿y qué es lo que le preocupa ahora?

—Esos dados, señor.

—No comprendo.

—Es muy sencillo, mi comandante. El agente que tenía que entregarme los dados murió y no pudo, por lo tanto, darme instrucciones con respecto a ellos.

—Pero usted recibió instrucciones de otra persona...

—Sí, pero esa otra persona no sabía nada de los dados.

El mayor Hocking rió con su risa seca y nerviosa.

—¿Y bien?

—Pues que ignoro lo que he de hacer con ellos, mi comandante.

—Eso se lo diré yo.

Ronald le miró, fijamente y guardó silencio.

—Su trabajo ha sido perfecto, Miller —continuó el comandante Hocking—. Le felicito... Como su misión ha terminado, vendrá conmigo... En Bagdad necesitaré a un hombre como usted.

Con gesto displicente cogió los dados, los colocó en la bolsita y alargó ésta al agente

X-15.

—Ahora le toca a usted —añadió en tono cortante—. Su verdadero trabajo empieza ahora. Sólo deseo que lo lleve a cabo con la misma eficacia con la que Miller ha efectuado el suyo.

—Sí, mi comandante —dijo el agente

X-15

un tanto confuso, al parecer.

—Buena suerte.

—Gracias, señor.

El hombre se dirigió a la puerta, y estaba ya junto a ella cuando la voz de Ronald le hizo vacilar.

—¡Quieto, Manders! —ordenó Ronald—. Deje esos dados...

El joven había dado un paso atrás y con la pistola apuntaba al agente

X-15.

—¿Qué hace usted? —gritó el comandante Hocking en tono destemplado.

La vacilación del agente sólo duró un instante, y a pesar de la amenaza levantó la mano hasta el pomo de la puerta y lo hizo girar. Ronald levantó la pistola, mientras su dedo rodeaba el gatillo, pero no llegó a disparar; no fue necesario. Al abrirse la puerta apareció en el umbral, impidiendo el paso, Alí Ben Achurián rodeado de

policías.

—¿Ocurre algo, Ronald? —preguntó el árabe.

—Sí ocurre, Alí... Entre y cierre la puerta. Usted solo... Registre a ese hombre y apodérese de la bolsita que tiene en las manos... ¡Arriba los brazos, Manders!

El supuesto agente obedeció, y mientras el árabe se apoderaba de su pistola y de la bolsita con los dados, el comandante Hocking, atónito, sin moverse del sillón, dijo en tono amenazador:

—Le he advertido antes, Miller, que mi estancia en El Cairo es un secreto.

—Lo siento, mi comandante.

Ronald se dirigió a un extremo de la estancia, en dirección al teléfono.

—No le pierda de vista, Alí —recomendó.

—No se preocupe, Ronald —respondió alegremente el árabe.

—Ha perdido la cabeza, Miller —continuó el comandante Hocking en el mismo tono de antes—. ¿Es que quiere verse ante un tribunal?

Ronald alargó la mano hacia el receptor.

—¿Y por qué delito va a juzgarme ese tribunal, mi comandante? —preguntó.

—Por desobediencia y desacato a un superior. Eso en tiempo de guerra se castiga con la pena de...

—El tribunal que le juzgue a usted, señor —dijo Ronald pausadamente—, lo hará por el delito de alta traición.

—Usted está loco —dijo el mayor Hocking, y se sumió en un profundo silencio.

—Voy a valerme de usted, Alí —dijo Ronald, mientras marcaba, unos números en el disco.

—Haga lo que convenga, muchacho.

—¿Cuartel General Británico? Jefatura de Información...

Z-3...

Sí.

Pasados unos momentos, la voz del coronel llegó a sus oídos.

—¿Es usted, Alí?

—No, no soy Alí, mi coronel... Soy Miller.

—¡Ah, Miller! Le felicito; su labor ha sido magnífica. Hace más de dos horas que tengo aquí a la muchacha. Me ha entregado su

regalito y me ha repetido detalladamente sus observaciones... El asunto aquí ha quedado resuelto. Allí Ben Achurián acaba de telefonarme... Grey ha sido ya detenido. Bien, ¿qué le pasa ahora?

—Mi coronel, cuando me dieron instrucciones en Londres, antes de salir, me dijeron que no debía solicitar ayuda mientras mi misión no hubiera terminado.

—¿Y bien?

—Mi misión está terminada, mi coronel, completamente terminada...

—¿Qué quiere decir? —gritó excitado el jefe de Información.

—Necesito su ayuda, señor.

—Vaya al grano. ¿Qué es lo que quiere?

—Me encuentro en la desagradable circunstancia de verme obligado a detener a un comandante del Ejército Inglés.

—¿Qué dice?

—Deseo que me releve usted de esa obligación, mi coronel.

—¿De quién se trata? —bramó la voz al otro extremo del teléfono.

—Se trata de mi propio jefe, el comandante Hocking.

—¿Cómo?...

—¿Podría venir un momento, señor?

—Voy en el acto.

CAPÍTULO XV

MISIÓN CUMPLIDA

El jefe de Información del Ejército del Nilo era un hombre de elevada estatura, de cabellos grises y ojos vivaces, de ademán enérgico y viva expresión. Entró en la habitación con paso firme, cerró la puerta detrás de él y de un vistazo abarcó la escena y los personajes que en ella intervenían. Penetró hasta el centro de la estancia, y allí se paró. Vio a Ronald en un extremo, junto al teléfono, y se dirigió a él.

—¿Qué ocurre aquí, Miller? —preguntó, y en dirección a los demás que se habían puesto en pie cuando él entró, añadió en tono seco—: ¡Siéntense!... —Mientras se dejaba caer en una silla, cerca del rincón en el que se hallaba Ronald.

—Lo que aquí ocurre —dijo el comandante Hocking con acento tranquilo—, es algo que se escapa a su propia jurisdicción, mi coronel. Se trata de...

—¡Cállese! —ordenó el coronel, mirándole con repugnancia—. Hable, Miller. Lo que me ha comunicado por teléfono es demasiado grave para admitir que ha sido dicho sin fundamento.

—Desgraciadamente, mi coronel, no me equivoco.

—Hable.

—Cuando Alí Ben Achurián me comunicó la misión que yo tenía que realizar, una serie de circunstancias favorables me habían llevado a cumplir ya una parte de la misma. En efecto, los dados se hallaban en mi poder y el jefe de un importante grupo de espionaje enemigo estaba muerto. Dos horas después, en un intento desesperado por apoderarse de los dados, el grupo entero resultó prácticamente aniquilado. El interrogatorio a que sometió Alí Ben Achurián al único superviviente del asalto confirmó lo que la simple

deducción indicaba; que alguien situado en el Estado Mayor facilitaba información al enemigo.

—Así es —dijo el coronal, ceñudo.

—El interrogatorio de uno de los jefes del grupo, que resultó herido de muerte una hora después al intentar detenerle, nos facilitó el nombre del oficial que suministraba los informes y detalles importantes sobre la organización y propósitos del núcleo de espionaje desarticulado. Resultó evidente que el grupo que dirigía el doctor Blight pretendía apoderarse de los datos, y Peter Flint murió a causa de esto. Allí Ben Achurián, en cambio, desconocía el valor de los mismos y hasta su existencia; sólo sabía que Peter Flint tenía que entregarme algo de mucho valor. Por otra parte, Peter Flint, que sabía perfectamente que yo era el enviado de Londres, dejó a su compañero la tarea de establecer contacto conmigo y se dedicó a la más peligrosa de atraer al enemigo. Cosa verdaderamente extraña, si se tiene en cuenta que era él quien llevaba el objeto de valor. Deduje inmediatamente, al saber esto, que los datos carecían de valor y que no tenían otro objeto que el de servir de señuelo para atraer a los espías enemigos...

El coronel sonrió e hizo un gesto aprobatorio con la cabeza.

—Supe también, por Alí Ben Achurián, que se sospechaba que el enemigo había conseguido instalar agentes propios en puestos clave de nuestros servicios de información y esto me obligó a analizar detenidamente cuánto me había venido ocurriendo desde mi partida de Londres. Me había dicho Alí que en Londres, todos menos el coronel Campbell desconocían mi verdadera misión. Entonces recordé que al despedirse de mí, el coronel Campbell, que me distingue con su afecto, me dijo que «aun sintiéndolo mucho, no podía darme detalles de mi misión», mientras que el comandante Hocking se mostró muy interesado ante una observación mía que, inconscientemente por mi parte, le debió sugerir que era usted, mi coronel, quien había preparado mi trabajo. Es probable que, como consecuencia, llegase a entrever los propósitos de usted.

El coronel enarcó las cejas en muda interrogación.

—Sí; al darme a conocer la contraseña que yo debía utilizar, comenté que el autor de la misma debía ser persona devota de los clásicos. Es conocida de todo el mundo, mi coronel, su condición de humanista y... Bien, recuerdo que me hizo aclarar la observación y

mostró una viva preocupación.

—Espero que... —dijo el comandante Hocking.

—Le he dicho que se calle —le interrumpió el coronel—. Siga, Miller.

—Ahora bien, cuando llegué al «Mogador» —continuó el joven —, me encontré con que otra persona ocupaba mi puesto, que usaba el nombre que yo debía usar, que poseía una documentación idéntica a la que yo tenía, que contestaba con las mismas palabras que yo había de utilizar; una persona, en suma, que obraba como yo tenía que haber obrado. Esto resultaba muy sospechoso, más, si se tiene en cuenta que fui objeto de un atentado a mi llegada a El Cairo, cuando me dirigía al hotel. Aun suponiendo que en Londres, por razones que se me escapan, hubieran querido controlar la misión que tenía que realizar aquí uno de sus hombres, era muy dudoso que hubieran enviado a otro para suplantarle, con el riesgo consiguiente de anular toda su labor...

—Ni tan sólo a usted, mi coronel —dijo el comandante Hocking —, he de dar explicaciones de mi comportamiento en esta cuestión. A mis superiores explicaré...

—¡Por tercera vez le ordeno que se calle! —gritó amenazador el coronel—. La hora de las explicaciones vendrá después.

—A mis preguntas, este hombre, llamémosle Manders, contestó del modo adecuado; pero cometió una equivocación. Y en esa equivocación ha incurrido, también, el comandante Hocking.

—¿Qué equivocación es ésta? —preguntó el coronel.

—Este hombre dijo que él era el agente

X-15

y el comandante Hocking lo ha confirmado hace un momento.

—Este hombre es el agente

X-15

—afirmó el comandante.

—Ya lo ha oído, mi coronel.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó el jefe de Información.

—Como sabe usted, mi coronel, en el Servicio Secreto no nos conocemos unos a otros, excepto cuando las circunstancias nos han obligado a trabajar juntos. Pero yo he conocido al agente

X-15...

Y existe la costumbre, siempre respetada, de no dar jamás la cifra

de un agente muerto en acto de servicio, a un nuevo colaborador.

—¿Quiere decir que el agente

X-15

está muerto?

—Sí, mi coronel. El comandante dio a Manders la cifra de un agente muerto, porque creyó que así toda posibilidad de sospecha se anularía. Pero no se tomó la molestia de comprobar la ficha del agente que iba a utilizar.

—¿Quién era?

—El agente

X-15

era mi hermano, señor... Fue muerto a tiros en las calles de París por la policía alemana, cuando huía después de haber volado un Cuartel General del enemigo.

El comandante Hocking sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió con mano firme. El coronel se volvió hacia él, con el rostro contraído por la ira.

—Es usted un canalla —dijo con furor mal reprimido—. ¿Cómo es posible que un soldado llegue a vender a su misma patria?

—Mi madre era alemana... —empezó el comandante Hocking.

Y no dijo más. Su cabeza se dobló sobre su pecho y el cigarrillo se desprendió de sus labios. Ronald dio un salto, pero el coronel le atajó con un gesto.

—Déjelo estar —dijo fríamente—. Se ha suicidado. Es mejor así. ¿Han visto alguna vez ahorcar a un jefe del Ejército? Es un feo espectáculo...

CAPÍTULO XVI

LA DESPEDIDA

Horas más tarde, en el Cuartel General, *miss* Turner, Alí Ben Achurián y Ronald estaban sentados en el despacho del coronel, frente a éste, quien iba hablando mientras de un modo maquinal agitaba en su mano los dados y los lanzaba, una y otra vez, sobre la carpeta de su escritorio.

—No creo necesario tener que aclarar nada —iba diciendo—. Usted lo ha acertado todo, Miller. Preparé esta historia de los dados y le hice venir desde Londres con el fin de atraer a los agentes enemigos. Y con la misma facilidad ideé una contraseña un tanto erudita. La verdad sólo la conocían Peter Flint, Alí y el coronel Campbell. Me vi obligado a exponerles a ustedes, pero no tenía más remedio. Estaba convencido de que existían infiltraciones en nuestros servicios de información, había tenido muchas pruebas de ello. Nuestro Ejército se hallaba paralizado a causa de esta situación.

Las miradas de todos se fijaron por un momento en los cubitos de marfil que rodaban sobre la carpeta.

—A causa de esos dados han muerto más de diez hombres —dijo el árabe.

—Sí, pero a cambio se ha ahorrado la vida de muchos miles —replicó el coronel.

—Podría regalárselos a *miss* Turner como recuerdo, mi coronel —sugirió Ronald.

El coronel sonrió.

—Prefiero conservarlos yo —dijo cortésmente—. Después de todo, son piezas de convicción. Si Alí no se opone, podríamos

entregar a *miss* Turner los otros dados.

El árabe hizo una reverencia.

—Me sentiré muy honrado —dijo.

—No soy amigo de elogios, Miller —prosiguió el coronel—; en guerra, todo esfuerzo, por grande que sea, es sólo un deber. Pero su labor ha sido magnífica; así lo he comunicado al coronel Campbell por teletipo y así lo haré constar en mi informe.

—Gracias, mi coronel.

—Tal vez usted mismo no se dé cuenta de la importancia del trabajo que ha realizado... Dentro de unos días tendrá noticia de grandes acontecimientos militares. Sabrá que nuestras fuerzas se han lanzado al ataque en El Alamein... Pues bien, tendrá derecho a pensar, entonces, que nada de todo eso hubiera ocurrido si usted no hubiera trabajado tan eficazmente como lo ha hecho.

—Si me lo permite, señor, desearía formular un voto para mis trabajos futuros. Deseo encontrar siempre un jefe como usted, un colaborador como Alí Ben Achurián y una sospechosa como *miss* Turner.

El coronel se puso en pie riendo.

—Siento no poder ofrecerle unos días de descanso en El Cairo, pero el servicio está ante todo. Le reclaman de Londres, Miller. Dentro de dos horas sale un avión para Famagusta.

—A sus órdenes, mi coronel.

—En cuanto a usted, *miss* Turner, he hecho reservar una plaza en un avión militar que sale para la India, media hora antes. Alí Ben Achurián les acompañará al aeródromo. Cuídemelos bien, Alí...

Y estrechando la mano a cada uno, les acompañó hasta la puerta.

Dos horas después se despidieron en el aeródromo. Con un poco de melancolía contemplaron a través de los ventanales del salón bar, al piloto y a los mecánicos que comprobaban los diferentes mecanismos del avión que tenía que llevar a la muchacha.

—Sus aventuras en El Cairo han terminado —dijo Alí Ben Achurián—. Dentro de unos momentos surcará los aires, y un par de días después estará en Benarés, en su casa, junto a su madre.

La muchacha le miró con ternura.

—Benarés es una ciudad muy hermosa —dijo con voz dulce—.

La población se extiende a orillas del Ganges y se descende al río por una serie de grandes escalinatas... Mi casa está en lo alto de una de ellas y desde mi balcón se domina el río y toda la ciudad, cuajada de templos. Hay más templos en Benarés que mezquitas en El Cairo. Es la ciudad sagrada de los indostánicos. Morir en Benarés es, para ellos, una gran felicidad. Tal vez tengan razón... Pero yo no quisiera morir sin verles de nuevo.

Ronald le oprimió el brazo cariñosamente y el árabe hizo una profunda reverencia.

—Cuando termine la guerra iré a visitarla y me bañaré en el río —dijo el joven, más emocionado de lo que quería aparentar—. Ése es el rito, según creo...

—Benarés ha de ser muy hermosa, puesto que usted vive en ella —dijo el árabe—. Yo iré también cuando termine la guerra.

Salieron al campo. Los preparativos habían terminado y el avión se disponía a despegar. La muchacha avanzaba con los brazos llenos de flores. Ya al pie de las escaleras adosadas al avión para poder encaramarse a él, *miss* Turner tendió la mano al árabe. Éste hizo una zalema y se inclinó ceremoniosamente.

—¡Que Alá la bendiga! —dijo sencillamente.

La muchacha se volvió hacia Ronald y le miró a los ojos.

—Cuídese —dijo en tono suplicante—. Quiero verle en Benarés.

—Iré a visitarla —contestó el joven con firmeza—. Pero... ¿no hay algo pendiente entre nosotros?

La muchacha se sonrojó levemente, pero levantó la cara hacia él y le ofreció los labios.

Momentos después, el avión que la conducía desapareció en el horizonte.

Media hora más tarde partía el avión que había de llevar a Ronald a Famagusta, y los dos hombres volvieron al bar del aeródromo con paso lento y melancólico.

—Vamos a fumar nuestro último cigarrillo, Alí —dijo Ronald, ofreciendo su pitillera al árabe.

—Nuestro último cigarrillo lo fumaremos en Benarés —dijo Alí Ben Achurián, haciendo un guiño, y gravemente añadió—: ¿No se siente orgulloso de su trabajo?

—Es un orgullo que comparto con usted, con el coronel y con... Peter Flint.

—¡Que Alá le tenga en la gloria!

—A propósito, Alí, ¿qué cree usted de los dados? —preguntó Ronald bruscamente.

El árabe le miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

—Pues creo... lo mismo que usted. Su razonamiento era perfecto, y de acuerdo con él los dados no tenían valor alguno. Pero... En fin, tal vez un día cuando acabe la guerra, sabremos la verdad sobre esos dados.

Fumaron en silencio, hasta el momento en que avisaron al joven. Ya al pie del avión, Ronald, buen conocedor de los árabes, comprendió que su compañero estaba emocionado. Su rostro se mostraba inexpresivo, pero sus palabras tradujeron sus sentimientos.

—¡Que la paz sea contigo, Ronald Miller! —dijo tuteándole por vez primera—. ¡Que Alá te proteja!

El joven le abrazó efusivamente.

—¡Adiós, Alí! Hasta... hasta Benarés... —dijo, y subió al avión.

Todavía le vio a través del cristal de la ventanilla, cuando el aparato emprendía el vuelo. Estaba, en el centro del campo, erguido, con los ojos fijos en el avión que se alejaba...

FIN

No había fuerza humana capaz de llegar hasta la acribillada posición defendida por los muchachos del coronel Spencer; la tierra y el cielo crujían en un espasmo de apocalipsis y, desde el espacio, la aviación enemiga baría las únicas rutas por las que podían llegar refuerzos al puñado de héroes que defendían la...



COTA 30

Sin embargo, un hombre, enemigo personal de su propio jefe, hizo de su gesta un simple juego de azar y llegó a romper el terrible cerco en el momento en que todo parecía perdido en la...

COTA 30

Dos hombres antagónicos y dispares — pero con temple de titanes — fueron enfrentados en la más dura de las pruebas humanas... ¡los dos tenían que guardar con sus cuerpos hasta la muerte, aquel pedazo de tierra condenada!

MARK HALLORAN

le ofrece, con esta intensa novela, el más verídico y estremecedor relato de amor y de guerra

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su próximo número.

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El **DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 400 - Dolores D'Aracyl
 * AMORES FUERA DE SERIE
 Núm. 401 - Mary Carré
 * AMAR ES FACIL
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 240 - Luis Masota
 * BODAS DE PLATA
 Núm. 241 - Carlota
 * LUNA DE AMOR
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 79 - Corín Tellado
 * FRIVOLA
 Núm. 80 - César de Monterrey
 * EL ALMA CIEGA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 341 - Cliff Bradley
 * DOS FORASTEROS EN RHAWIDE
 Núm. 342 - Fidel Prado
 * PELIGRO EN LA FRONTERA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 205 - H. Armstrong
 * MISION DESCONOCIDA
 Núm. 206 - Mark Halloran
 * COTA 30
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.

* Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 296 - M.ª Adela Durango
 * LA TAZA DE CAFE
 Núm. 297 - Cristina Luján
 * MI FORTUNA ES EL AMOR
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 126 - M.ª de las Nieves Grajales
 * AMOROSA
 Núm. 127 - Mercedes Muntó
 * TU ME QUISISTE...
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 18
 * PEMAN
 Núm. 19
 * JORGE MANRIQUE
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 39 - Alar Benet
 * "SALOON CITY"
 Núm. 40 - Alane Gregory
 * RAFAGAS SANGRIENTAS
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 20 - Cristina Luján
 * VIAJE DECISIVO
 Núm. 21 - Ana M.ª García
 * DEUDA DE CORAZONES
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

* Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

